

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.

AÑO I.—NÚMERO 31

20 Septiembre 1925



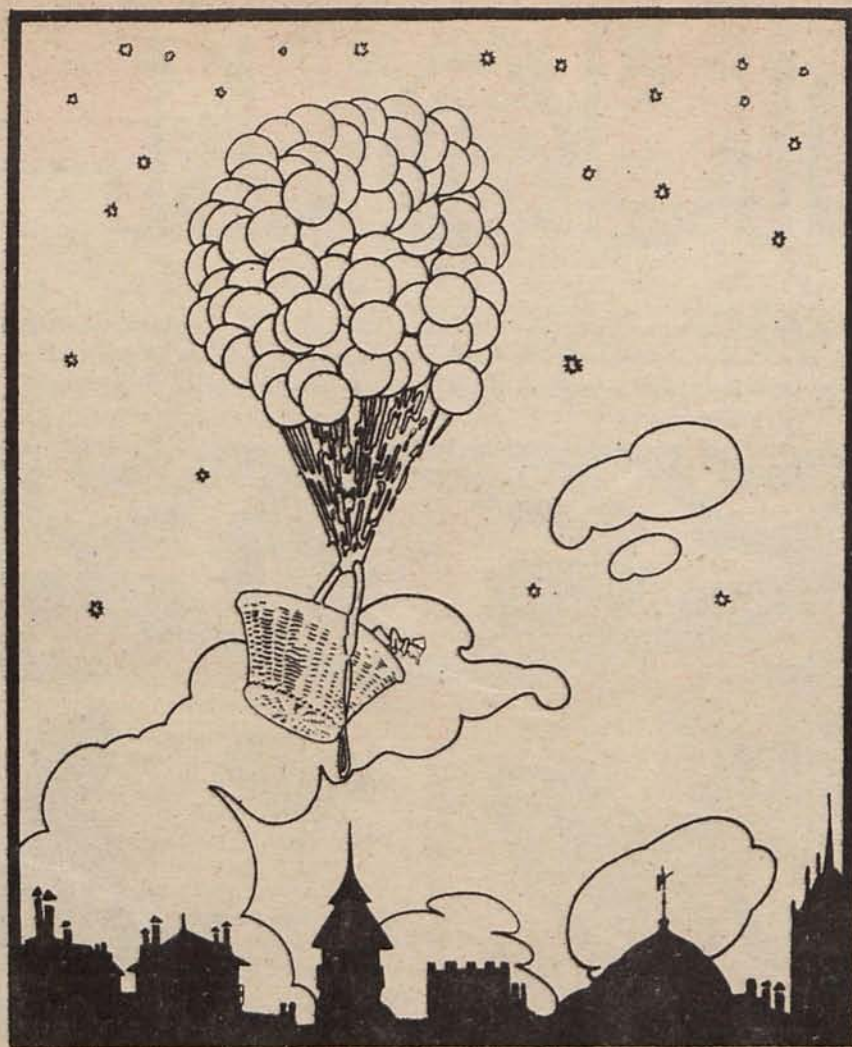
PINOCHO ES UN PINTORAZO,
UN VERDADERO ARTISTAZO.

VE UN RACIMO MOSCATEL
MUY DIGNO DE SU PINCEL.

COPIA CON INSPIRACION
EL RACIMITO EN CUESTION.

CON TAL ARTE ESTÁ COPIADO
QUE YA VEIS EL RESULTADO.

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

El vapor portatrenes.

Existe en Inglaterra una clase de vapores llamados *ferry-boats*, que no son otra cosa que unas grandes embarcaciones destinadas al transporte de trenes de viajeros a través de un río caudaloso o un brazo de mar.

Estas embarcaciones han sido construidas con arreglo a unas características especiales, que les permiten recibir sobre cubierta dos o más trenes compuestos hasta de quince unidades cada uno.

Ni que decir tiene que los trenes marchan sobre cubierta por unos raíles que coinciden perfectamente con los de una y otra orilla. Para esta operación de embarque y desembarque, el vapor entra en un dique resguardado de todo movimiento de las aguas.

Estos vapores portatrenes, aseguran los americanos que no son ninguna novedad, pues vienen prestando servicio desde 1892 en el lago Michigan, haciendo un recorrido regular de 150 kilómetros.

En Italia se emplean para hacer la travesía del estrecho de Mesina, y en Dinamarca en la travesía de un brazo del Báltico, entre Gsedser y Waruemünde.

Parece ser que una compañía, la «Chanuel Ferry Dover», estudia la implantación de un servicio de esta clase de vapores para hacer la travesía del Canal de la Mancha.

Suponemos que en este sistema será necesario introducir algunas variaciones, pues habrá que contrarrestar el movimiento de la mar libre, a través de la cual aún no se ha establecido un servicio de este género.

Las piedras sonoras.

Un fenómeno al que aún no han dado una explicación satisfactoria los geólogos, es el de la sonoridad de algunos grandes trozos de piedra.

En los Andes, en el Atlas, se encuentran unos gigantescos blo-

ques de granito de formas a lo mejor bien extrañas que, golpeados con un palo y a veces sólo con la mano, suenan con la sonoridad de una campana de catedral.

Detalles curiosos de este fenómeno son, que la piedra sonora no se halla jamás en contacto con la tierra, sino sobre otras piedras, formando casi siempre sinuosidades, que bien pudieran ser la justificación de lo prolongado de las vibraciones sonoras.

¿Pero y el sonido en sí, cómo se produce? He aquí el irresuelto problema.

Algunos geólogos atribuyen, suponen, nunca afirman científicamente, que este fenómeno es debido a una hoquedad interior de la piedra. Otros llegan a suponer una cualidad especial a las moléculas del granito sonoro.

Este fenómeno curioso sirve para alimentar multitud de supersticiones.

Cuando el viento huracanado azota estas piedras, produce un sonido sordo y prolongado como un gemido. Este ruido es presagio, según los indígenas, de tormentas terribles y devastadoras.

La primera vez que se observó este fenómeno fué en América. Dormía en un bosque un explorador español, uno de aquellos compatriotas nuestros que por su valor, espíritu aventurero y abnegación, son el símbolo glorioso de nuestra raza, y cuál no sería su sorpresa al advertir que le había despertado el sonido de la campana de su pueblo. Como loco recorrió todo el bosque, hasta que por fin pudo advertir que el viento movía la rama de un árbol que, al dar en una piedra de grandes dimensiones, arrancaba de ella un sonido tan evocador para él.

Aquel pobre hombre lloró mucho, pues siempre el recuerdo del lugar en donde se nació y vivió los primeros años de nuestra vida, conmueve a los emigrantes o aventureros por desafectivos que éstos sean. Escribió unas memorias en las que entre otras cosas da cuenta de este hallazgo, y que se conservan en el archivo de Indias.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

»No contento con eso, apenas supo por Wolf que los iroqueses habían aprisionado o muerto a vuestro amigo, un canadiense que se llama...

—Riberac.

—Eso es; y que se disponían a atacar a los mandanos, me aconsejó organizar durante la noche una expedición de socorro con parte de mis corsarios y de sus criados, ofreciéndose como guía. Y ya sabéis, amigos míos, cuán útiles han sido sus iniciativas y su ayuda, y cuánta gratitud debemos a este noble hijo de Francia que sabe ejercer con tanta honra los deberes de la hospitalidad.»

Sir Willian calló y fué a estrechar la mano al barón de Clairmont, que con vivos ademanes trataba de protestar. Los demás circunstantes se descubrieron, en mudo homenaje, y Cabeza de Piedra exclamó:

—Señor barón, yo no tengo más que una vida y aún muy empeñada y ya un poco caduca. Sin embargo, creo que aún queda algún pedazo en buen estado para ponerlo a disposición de caballeros como vos. ¡Por el burgo de Batz, aceptad mi oferta, pues desde este momento os pertenece...! El antiguo maestre de *La Tonante* no tiene más que una palabra.

«Y ahora, adelante. ¡Viva Francia, viva América y mueran los ingleses!»

CAPÍTULO XVIII

UNA SORPRESA EN EL LAGO

Nuestros amigos y su escolta, pasada la última espesura de abedules enanos, encontráronse a la vista de aquella parte del lago en que, a caballo sobre un altísimo peñasco, se elevaba el castillo de Clairmont.

Era éste una fortaleza al estilo francés, con un fuerte, cuatro torres en las esquinas, garitas y arimeces. Su aspecto no era muy guerrero y, al parecer, estaba desprovisto de artillería. La característica principal del edificio consistía en estar construido casi enteramente con una calidad de madera llamada férrea. Sólo en su base veíanse construcciones de piedra y cemento. El peñasco sobre el que se alzaba presentaba sus lados casi perpendicularmente al nivel del lago; era bastante elevado y estaba cubierto de vegetación espesa y lacustre, que daba al conjunto un aspecto algo triste y lúgubre. Pero el castillo, no obstante, con sus conos agudos y rematados en banderolas que el viento agitaba, prometía un asilo dulce, cómodo y acaso también alegre.

—En la garita más alta de la roca hay alguien que espera nuestra llegada—dijo el barón francés observando con experta mirada su mansión.

—Es verdad—repuso Sir William, turbado—. Me parece reconocer a mi adorada Mary... El corazón me dice que no me engaño.

—A su lado está la baronesa.

—Nos esperan con ansia.

—Lo creo.

—Apretemos el paso.

—No tengáis cuidado, Sir Mac-Lellan, ya nos queda poco.

—Estoy impaciente por ver a mi esposa, por tranquilizarla, y también quisiera volver a mi buque para ponerlo a flote.

—Lo comprendo.

—Sois un hombre de corazón.

—¡Vamos!... Mirad, detrás de aquella espesura de árboles se encuentra la lengua de tierra que une la roca, mi dominio de buitre, y la orilla. Si el Champlain estuviese encalmado, bastaría una señal con este cuerno de caza para que mis marineros acudieran con las embarcaciones ocultas ahora en una pequeña cala invisible, lo que nos evitaría la mitad del camino. Pero el lago está agitado aún, y tendremos que renunciar a ello.

—A propósito... ¿Y la flota inglesa que cruza en este momento el lago?

—Parece que se haya cansado de gastar pólvora en salvas.

—Decidme, barón de Clairmont, ¿no habéis tenido nunca molestias de parte de los ingleses?

—Alguna he tenido..., pero he sabido rechazarlas dignamente.

—Así, pues, ¿cómo miran vuestra presencia en estos lugares?

—La toleran, en virtud de un decreto que he sabido arrancar al soberano inglés, mediante el cual se reconoce mi pleno derecho de posesión sobre el castillo de Clairmont. ¡Ah, Sir, yo alimentaba una ilusión muy hermosa!

—¿Cuál?

—Reconquistar a Francia el Canadá.

—¡Oh, barón...!

—Sí, amigo mío, era una ilusión demasiado soberbia y vana, y por eso he tenido que sofocarla en mi pecho. Ahora soy secreto partidario de la causa americana.

—Muy bien.

—Todo inglés que viniese a visitar mi castillo, nunca sospecharía, por muy astuto que fuese, lo que en él se esconde.

—¡Me ponéis en curiosidad, señor de Clairmont!...

—Callad; cada cosa a su tiempo.

—Como os plazca.

—Básteos saber, Sir, que aquel castillo, semejante a un inofensivo juguete, es, por el contrario, una verdadera... máquina infernal.

Habían llegado a la banda de tierra tendida por la naturaleza a través del lago. Entraron en ella y en breve estuvieron al pie de la entrada de madera férrea. Gritos de júbilo acogieron la vuelta de Clairmont y de Sir William; la baronesa y Mary se arrojaron a los brazos de sus respectivos esposos, y dieron después la bienvenida a los nuevos huéspedes.

Cabeza de Piedra, Petifoque, Jor, los dos hessianos y Oxford, siguieron a las habitaciones superiores al dueño de la casa. Los indios y los marineros, por su parte, pudieron descansar en una vasta estancia de servicio situada en el piso bajo, donde pusieron a su disposición algunas pintas de excelente aguardiente, mientras los criados se despachaban a su gusto con cuantas provisiones hallaron en la despensa, que, digámoslo pronto, estaba bien pertrechada.

Con intuición rápida, el señor de Clairmont comprendió que lo primero que convenía hacer para agradar a sus huéspedes era sentarlos a una mesa bien preparada, y así lo hizo. Aun cuando no lo confesasen, nuestros héroes tenían un hambre de perros, y no se hicieron rogar mucho para atacar a puras dentelladas perniles de oso, muslos de zarigüaya, filetes de alce, morcillas, cecina y salmónes que en abundancia dominaban en la mesa, entre voluminosas jarras y grandes vasos de sidra y cerveza, a la que, con toda preferencia, sobre todo Wolf y Ulric, lanzaban de vez en cuando sus amorosas miradas, cuando la necesidad de comer les impedía beberla.

Quien en menor grado hizo honor al homérico banquete fué el ex secretario del marqués de Halifax. Evidentemente, el cobardón, mientras sus compañeros se batían contra los iroqueses, se había ocupado en llenar la panza para sostener el humillado ánimo.

La familia del barón de Clairmont se componía de su esposa, una dama nacida de un noble francés y de la hija de un caudillo algonquino, unidos en matrimonio cuando el Canadá pertenecía aún a Francia; de dos hijos, el primero de los cuales, Enrique, joven, fuerte y de gallarda figura, según podían apreciar los huéspedes por un gran retrato al óleo que se veía en la sala, estaba ausente por haber marchado a la caza de pieles; y el segundo, Carlos, que no contaría más que diez y seis o diez y siete años, se quedó en el castillo contentando a duras penas los impulsos de su resuelto espíritu; y de una hija, Diana, que aún no tenía veinte años, graciosa como ninguna, rubia como el oro, y de dulce aspecto y tierno corazón: una criatura adorable.

El señor de Clairmont era muy rico por la herencia de su esposa y la prosperidad de su comercio de pieles, el cual sufría a la sazón una crisis por haberse corrido al Canadá la guerra de independencia.

Tenía muchos servidores que lo adoraban, así como a todos los miembros de su familia; un puñado de algonquinos, fieles a toda prueba, dedicados principalmente a la caza, a la navegación lacustre y a la custodia del castillo; un capellán, el abate Rivoire, a quien los indios llamaban «el padre de la oración», hacía las veces de preceptor cerca de los hijos del barón, y era hombre de buena doctrina y de excelentes sentimientos, al par que valeroso y hábil en la caza y en la guerra, hasta el punto de prestarse a seguir a sus dos

alumnos y aun al mismo barón en sus arriesgadas empresas, como en la expedición organizada para socorrer a Cabeza de Piedra, pues él era el desconocido que acompañaba a Clairmont y Mac-Lellan al campo de los mandanos.

Había además algunas mujeres para el servicio personal de las señoras, y la más digna de observación entre ellas era Liseta, la camarera de la señorita Diana, una muchacha huérfana, hija de un emigrado francés, llena de vivacidad en toda su esbelta personilla, con una carita pícarua, iluminada por dos ojos, en los que asomaba la bondad, cortada por la malicia, la virtud y el más resuelto atrevimiento.

Petifoque que, en el vértigo de aventuras en que su vida había girado hasta entonces, nunca tuvo tiempo de contemplar a las mujeres a su sabor, se sintió, desde luego, atraído por aquella belleza fresca y exuberante, ingenuamente francesa, y comenzó a sentir dentro de sí una turbación no experimentada antes, un extraño palpitante, una conmoción suave en el fondo de su alma, mientras sus ojos, con involuntaria insistencia, se fijaban en Liseta; la cual, con la señorita de la casa, cuidaba del buen orden del servicio durante el banquete.

Petifoque era un joven agraciado, de arrogante porte, sin descaño, y aspecto franco e inteligente; a propósito para complacer. Liseta dióse sin duda cuenta de ello, y varias veces sorprendida por las miradas de leal admiración del joven marinero, bajó los ojos, enrojeciendo, inútil es decirlo, no ciertamente de desdén, sino de íntimo placer.

El resto de aquel día, y la sucesiva noche, transcurrieron sin incidentes.

Sir William, antes de recogerse, quiso ver de nuevo la nave encallada, y había vuelto muy satisfecho porque el viento cedía y el lago iba poco a poco calmándose.

—Mañana no habrá una ola ni pagando por ella un millón —dijo al regresar—. Así podré poner a flote la corbeta y pensar en la misión que Washington se ha dignado confiarme.

Cabeza de Piedra, incansable, quería partir en busca de Riberac antes de que la noche avanzase más; pero todos le aconsejaron descansar por lo menos doce horas, porque después de todo, también él estaba hecho de carne y hueso como sus compañeros. Y el obstinado bretón cedió al fin, no sin refunfuñar.

A la mañana siguiente, gritos y exclamaciones energicas despertaron a Sir William, Cabeza de Piedra y sus compañeros, los cuales, rendidos de las pasadas fatigas y de los largos insomnios, dormían como lirones.

—¡Por todos los campanarios de Bretaña, los ingleses...! —chilló el viejo maestro, entre sueños—. ¡Todos al puente!

—¿Qué diablos cantas, chillón? —gruñó Petifoque volviéndose en su camastro al oírle, pues dormía en la misma estancia.

—¿No oyes esas voces?

—¿Y qué?... Estamos en un castillo.

—Pero aquí sucede algo.

—Tú sueñas, viejo mío.

—¡Hum!

—Como te lo digo.

—Apuesto mi vieja pipa de familia contra un vaso de vino escorpionado a que no hemos de tardar mucho en recibir una visita de los ingleses.

—¡Bah! Pues les daremos la bienvenida, y en paz.

—Preferiría recibirlos al pie de mi cañón de caza.

—¿Pues a qué esperas, maestro *sakem*?

—Mozo del Pouliguen, asoma siquiera una oreja y verás como te la dejo tan larga como la de un borrico.

—O sea... como la vuestra—. Y el joven marinero soltó la carcajada, satisfecho de la ocurrencia. Cabeza de Piedra dejó oír un sordo reniego:

—¡Bribonazo, me faltas al respeto porque sabes que te quiero demasiado! —dijo después—. Pero por todos los campanarios de Bretaña, que me las has de pagar.

—¿Puedo saber cómo?

—Hablando mal de los marineros en general...

—¡Bah!

—Y de los del Pouliguen en particular...

—¡Oh, oh!

—Y de cierta doncella que responde al nombre de...

—¡Maestre!

—...de Liseta... ¡Ah, ah, ah, don barbilindo, esta vez acerté! ¡Bah, no me hagas caso! Ya sabes que soy incapaz de hacerte el menor daño. Ea, dime donde duermen Wolf y Ulric.

—Ahí, en la habitación contigua —repuso Petifoque levantándose.

—Parece que resuellan, en efecto... ¿Eh, quién anda ahí?

La puerta del cuarto abrióse para dar paso a un hombre.

—Estar yo, Ulric —respondió la voz del buen tudesco.

—Buenos días.

—Puenos tías... ¿Saper, maestro Capesa de Pietra, grante nofetat?

—¿Que el Champlain se ha engullido la flota inglesa, con el marqués de Halifax, Davis y sus secuaces?

—No, no.

—¿Ha vuelto Riberac sano y salvo?

—Tampoco.

—¿Ha llegado una escuadra americana?

—Menos.

—¿Ha llegado una carga de salchichones?

—¡Oh... eso sí que no!... El lago...

—¡Ah, sí, el lago...! ¿Acaso se ha convertido en un gran tonel de cerveza?

—Está helato, todo helato en torno al castillo.

—¡Tú estás loco, Ulric!

—Yo nata loco, yo tesir fertat.

—¡Pero si eso es imposible!...

Y Cabeza de Piedra, saltando del lecho, asomóse a la ventana. Un grito de asombro se escapó de sus labios. A través de una leve capa de niebla, que a lo lejos aparecía más espesa, veíase alrededor del castillo la superficie del Champlain inmóvil, transformada en una inmensa losa de hielo.

—¡El lago helado...! —exclamó el viejo Maestre de *La Tonante*—. He aquí una cosa sorprendente. Quisiera ver la cara del general Burgoyne y sus marineros, al ver sus cascarones cogidos en una ratonera. ¡Ah, por el burgo de Batz, qué ideas me están brotando aquí en la calabaza!... Se podría..., ya lo creo que se podría... Basta, pensemos en ello cuando hayamos encontrado vivo o muerto a nuestro Riberac, ¿verdad, Petifoque?

—¿Pensaremos en qué? —preguntó el joven gaviero.

—En nada, yo me entiendo.

—Pues si tú te entiendes, no digo esta boca es mía.

—¿Ves ese hielo, hijo mío?

—Pues claro, no estoy durmiendo.

—Pues bien, ese hielo... ha encendido en mi cabeza un volcán de ideas maravillosas.

—¡Horror!...

—Mozo del Pouliguen, no mereces ser mi confidente.

Cabeza de Piedra, que mientras hablaba se había vestido con presteza, salió de la estancia y descendió al piso bajo del castillo, en donde halló dispuestos ya a los mandanos de su escolta, bien pertrechados de municiones y armas de fuego novísimas.

—¿Dónde está Sir William? —preguntó a Jor, equipado como un perfecto cazador canadiense.

—Ha ido a reconocer la corbeta, acompañado del barón, pues teme que la congelación le haya ocasionado nuevos daños.

—Dios quiera que no.

—¿Vais a partir, maestro?

—Cuanto antes; sería una traición no intentar nada para rescatar a Riberac, o su cadáver, si lo han muerto.

—Soy de vuestro parecer.

—Por lo pronto regresaremos al campamento mandano, y después daremos una vuelta por el sitio donde estubo el fortín destruido por las bombas incendiarias de los cañones ingleses.

—¿Esperáis encontrar allí la pista de Riberac?

—No es improbable, si aún vive y ha podido escapar de los iroqueses.

—No comprendo lo que pueda hacer en el fortín devastado.

—Olvidáis que ha escondido allí sus guineas, que son fruto de largos años de privaciones y fatigas. Y un hombre, por muy desinteresado que sea, nunca abandona sin más ni más un tesoro acumulado a precio de sangre.

—Tenéis razón.

Cabeza de Piedra encendió su pipa, y llamando a un algonquino le dijo:

—¿Sabes tú dónde ha encallado la corbeta?

—Lo sé, *sakem* blanco.

—Bueno; ¿sabías conducirme?

—Cuando el *sakem* blanco quiera.

—Vamos, pues. ¿Venís, Jor?... Tengo un deseo loco de ver cómo es la nueva *Tonante*.

Los tres hombres se pusieron en camino. Todos ellos llevaban patines, y se deslizaban rápidamente por la superficie sólida del lago. Llegados a la corbeta, cuya proa se había empotrado en un bajo inclinándose un poco a estribor, subieron al puente, donde estaban el barón y Sir William.

Cabeza de Piedra, sintiendo al fin bajo sus pies los tablones de un navío de guerra real y efectivo, y viendo ante sus ojos cañones y escotillas, exhaló un gran suspiro de satisfacción.

—¡Se está bien aquí, por el burgo de Batz!... —exclamó, tacañeando entusiasmado—. Esta corbeta no vale lo que *La Tonante*, de gloriosa memoria; pero aún puede hacer honor al terrible nombre que lleva. Es más pequeña que la otra, pero parece sólida y tiene cañones en abundancia que deben escupir metralla a maravilla. ¡Ah, por mil campanarios..., con qué gusto haría una prueba ahora contra esos tunantes de ingleses!

—No temas, maestro —dijo el barón Mac-Lellan, que había oído las palabras del enardecido bretón—, creo que pronto tendrás ocasión de hacerlo.

—¡Bah!

—¿Lo dudas?

—Si no les nacen alas, me parece que las naves inglesas, apresadas como nosotros aquí, entre los hielos, no vendrán a saludarlos tan pronto.

—Pero el hielo puede disolverse de un momento a otro.

El señor de Clairmont sonrióse al oír esto.

—Si el invierno se mantiene tan crudo como se anuncia, el Champlain permanecerá así mucho tiempo, acaso meses enteros.

—¡Ah, diablo!

—La congelación, que ya se ha verificado en la parte septentrional del lago, avanza paso a paso; la noche pasada ha ganado toda esta parte, y la venidera se extenderá al resto del lago.

—¿Y vos, lo sabíais ya, barón?

—Por lo menos así lo esperaba.

—¡Diantres, la situación no es para tranquilizarse...! Yo debo hacer llegar al general Washington noticias ciertas respecto a la situación del Ticonderoga y sus fuerzas, y asimismo debo salir al encuentro de la flota americana para tomar el mando y conducirla contra los buques de Burgoyne en el Champlain.

—Ya hallaremos remedio para todo.

—En vos confío.

—En tanto, ved que la corbeta no ha sufrido daños.

—Todo lo contrario, pues el hielo, alzándola por su base, casi la ha desencallado.

(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO DEPORTISTA

El torneo futbolístico de "Pinocho".

El «Pinochista Invencible» obtiene otra rotunda victoria; esta vez sobre la «Unión Currinche».

Marcan 5 tantos sin que su meta sufra el menor ataque.—Los «Invencibles», hasta ahora, confirman de la forma más contundente su título.—Una multitud de pinochistas y pirulistas presencia este emocionante encuentro.

Nos dirigíamos al formidable y céntrico campo del «Racing Club» con el propósito de presenciar el partido del torneo «Pinocho», cuando vimos en un taxi de cuarenta céntimos a Chapete—hasta para tomar taxis es ruin este Chapete—; su aspecto no podía ser más descompuesto; su boca, torcida; sus ojos, amenazando salirse de las órbitas; la pluma de su gorra vibraba más que un flan; Chapete, en suma, estaba más nervioso que un filete de a real. Chapete venía, sin duda, del campo del «Racing»; ¿qué pasaría allí?

Pronto habríamos de verlo. Apenas traspusimos el umbral de la puerta de socios, un espectáculo grandioso se ofrecía a nuestra vista. Mas de dos mil niños y niñas, acomodados en los bancos del campo, reían, charlaban, aplaudían, gritaban, bullían, aclamaban, se estremecían y aguardaban a que diese comienzo el partido; varios «autos» en la puerta del campo aguardaban a pinochistas aristocráticos que, acompañados de sus papás, habían acudido también; pirulistas guapas y graciosas, pinochistas deportivos, promesas de hombres atléticos, todos en abigarrada mezcolanza; en suma, una grandiosa manifestación infantil en favor del inmortal «Pinocho», y un éxito sin precedente en los anales futbolísticos en favor del torneo organizado por su Revista.

¡Bien, Pinocho, así se hace, hasta en esto eres grande y triunfas! ¡Ahora comprendo la actitud del taimado Chapete! ¡Cuánto rencor no encerrará su cuerpo oblongo contra ti al verte siempre victorioso! En medio de una cariñosa ovación salen los equipos al campo.

Preguntados los capitanes de los bandos, dijeron antes de salir al terreno: el de la «Unión», Sr. Castañeda: «Estoy tranquilo, aunque el enemigo es peligroso. Lo que puedo asegurarles a ustedes es que no daremos el espectáculo tan bochornoso que dió el pasado domingo el «Athlético Pinocho».

El del «Invencible», Sr. Quesada, dijo: «Sólo puedo decirle que hoy seremos los de siempre, los invencibles pinochistas.» Mucha confianza es esa, mi buen amigo —respondimos nosotros—. ¡Ah! —replicó él—, la confianza que da la fuerza, mi simpático camarada; terminó esta frase que yo se la hubiera atribuido a Demóstenes por lo que tiene de sentenciosa, y salió corriendo de una forma que se daba con los talones en la parte más carnosa, occidental y hemisférica de su cuerpo.

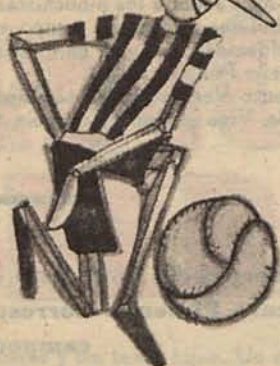
Va a comenzar el partido. Todo es emoción, nerviosidad; el árbitro, Sr. Galindo, hace sonar su silbato, tan estridente como el de un guardia de la porra.

Los equipos se forman así. «Pinochista Invencible»: San Vicente, García, Rodríguez, Méndez, Puig, Muñoz, Rodríguez, Espín, Quesada, González y Plácido.

«Unión Currinche»: Cabrera, Nadal, G. Rojo, Ubeda, Castañeda, Alvargonzález, M. Rojo, Olariaga, Martínez, Rabañal y Ochoa.

Corrieron la línea los Sres. García y Pérez.

Apenas se dió comienzo al encuentro, los «Invencibles» esta-



blecieron un dominio tan rotundo, que puede decirse que durante toda la primera mitad sus defensas se establecieron en la línea de saque, y la lucha se desarrolló en el campo contrario. Gracias a la insuperable labor del guardameta y defensas currinchistas, el descalabro de los suyos no revistió caracteres de horrenda catástrofe. ¡Qué paradas más magistrales las de Cabrerita! ¡Qué intervenciones tan oportunas, tan providenciales las de Nadal y Rojo!

Fué una labor de titanes, pues se encontraron en el mayor de los desamparos, porque su línea de medios no logró contrarrestar el empuje de los atacantes rojinegros. Unicamente el ala derecha del ataque, formada por M. Rojo y Olariaga, consiguió hacernos vislumbrar en algunos minutos la posibilidad de una nivelación en el juego.

En el tanteo, pronto se vió que no había esa posibilidad: los «Invencibles» marcaron dos goles de una factura inmejorable, sobre todo el segundo, rematado por el pequeño Quesada.

Con este resultado terminó el primer tiempo.

En la segunda mitad no varió el cariz de la lucha: los «Invencibles», más potentes aún, lograron tres tantos más, si bien uno de ellos lo consiguió un currinchista, Castañeda, al tratar de despejar.

Fué tal la cantidad de tiros que lanzó la línea de ataque vencedora, que más parecía aquello un bombardeo de entrenamiento de esos que suelen preceder a los partidos.

De todos los tantos conseguidos en la segunda mitad, el más bonito fué el que logró Quesadita, de un tiro de perfección tal, en la preparación y en la ejecución, que, claro que con más potencia, no puede mejorar un «as»; pero un «as» de los que cuestan muchas pesetas, no vayan nuestros pequeños lectores a creer que nos referimos a Kinké, Zabala o Montes, o cualquier «desinteresado» del balón.

¿Cómo fué el partido? Por muchos y muy cálidos que fuesen los elogios que hiciésemos de la corrección con que se deslizó el encuentro, éstos resultarían escasos y parcos. De caballeros, más aún que de deportistas, fué la actitud de los «currinchistas», que supieron perder con toda corrección y educación, mereciendo el título de pinochistas en toda su extensión.

Terminado el encuentro fraternizaron los jugadores de uno y otro bando, y el público, de pequeños aficionados, les tributó una larga ovación muy merecida.

El arbitraje del señor Galindo fué impecable; puede decirse que logró el éxito que le corresponde. Si como parece probable el señor Galindo viene a reforzar en la temporada próxima el colegio de la Región Centro, será su actuación confirmaciones de estas anteriores, plenas de sensatez y conocimientos reglamentarios.

En suma: una tarde memorable y otro éxito de Pinocho.

Y a esta tarde iremos añadiendo otras varias, porque —y este es un detalle, para terminar— en el día que escribimos estas mal «pespunteadas» líneas (no siempre han de ser hilvanadas) se inscriben en el Torneo cinco equipos...; cada uno de ellos, como es natural, con la idea de quedar vencedor.

Dux.

Reseñas y resultados deportivos.

(SERVICIO ESPECIAL DE NUESTROS EMINENTES CORRESPONSALES)

¡El «Real C. D. Pinocho» vence a la selección «Chiquilín» por 1 a 0!!

Con buena tarde jugaron los dos equipos rivales, y con buen juego comienza el partido; las arrancadas de los pinochistas eran buenas por su distinción a las contrarias.

En una arrancada lucida coge Baños la pelota, con la cual Hurtado avanza, pasa a Garrido, y éste en seguida a Garnichero, el cual lanzó un formidable «shot», que quedó convertido en «goal» a favor del «Pinocho».

JERÓNIMO SÁNCHEZ.



El guardameta de la «Unión Currinche» en una de sus admirables intervenciones.



Quico Marín.

POR JACINTO.

SAN FELIÚ DE GUIXOLS

El domingo pasado, y con mucho público, se celebró un partido entre el «C. D. Mataró» y el «A. D. de San Feliú de Guixols».

A las cinco en punto el árbitro dió la señal de comenzar la partida.

A los diez minutos de juego, Coll coge el balón, dribla a cuantos salen a su encuentro y de un magnífico «chut» marca el primer «goal» para el «Ateneo».

Vuelve a avanzar el «Ateneo», y cuando ya parecía «goal», entra el defensa y le da el balón en las manos. Tira el saque Palalú, resultando «córner».

Tira el «córner» Casanova, entra Pruja y marca el segundo «goal».

Coge la pelota Pruja y dribla a cinco contrarios (cosa que hizo muchas veces); pasa muy bien a Coll, éste remata el «goal» número tres y termina el partido con 3 a 0 a favor del local.

Por el «Ateneo» se distinguieron Pruja y Coll (los mejores sobre el campo), Gimbernat y Llavía; los demás, muy bien; y de los forasteros, los defensas y el medio derecha. Hay que anotar que el «Ateneo» se presentó con dos suplentes.

B. VILA.

MÁLAGA

El día 23 celebraron un partido, disputándose una copa, regalo del «F. C. Malagueño», los equipos «Capuchinos» y «Marina».

Comienza el juego con el dominio del «Marina», que juega con bastante suerte, pues consigue hacer que el balón penetre en la portería capuchinesca; pero luego cambian las tornas y el «Marina» recibe una serie compuesta de cinco «goals».

El «Marina», haciendo un esfuerzo, consigue introducir por dos veces más el balón en la portería del «Capuchinos».

Termina el juego con el resultado de 5 a 3 favorable al «Capuchinos».

Fueron dignos de mención por su juego Puertas y Silva, por el «Marina», y Angelillo y Romera, por el «Capuchinos».

Sánchez, arbitrando, bien.

MELENITAS.



Un «shot» de Sornichero, que quedó convertido en «goal», a favor del «Real C. D. Pinocho», siendo vencedor por 1 a 0 de la selección «Chiquilín».

Nuestros equipos.

En Ceuta se ha formado un «once» pinochista así: Blanco, Pérez, Blanco (José), García (Alejandro, Enrique y Bernabé), Guisado (Juan y Fermín), García (José) y Camero.

VILLAFRANCA DE ORIA

El equipo «Pinocho F. C.», de esta villa, ha reformado su equipo, quedando constituido en esta forma:

Portero: Pedro Sanroma.

Defensas: Miguel Gaztañaga y Luis Serrano.

Medios: Emilio Fernández, José Sarriegui y Esteban Arizmendi.

Delanteros: Arturo Arbizu (capitán), Félix Rua, Enrique Donnay, José Jáuregui y Julián González.

Suplentes: Gracián Sutil y Pablo Silanes.

Próximamente concertará varios interesantes encuentros.

En Villagarcía de la Torre (Badajoz) se ha formado un bando titulado «Cabeza de Piedra F. C.» (olé mis niños berroqueños) así: Mota, Reina, Montalbo, Eduardo, Muñoz, Chacón, Mota (L.), Durán, Mombrero, Reyes y Gil.

La formación de equipos pinochistas.

Los niños Iturriaga quieren jugar en un bando pinochista. Pues bien: escuchad esta proclama de otro pinochista:

«Se hace saber a los pinochistas de ocho a diez años, jugadores de fútbol que no tengan equipo, que pueden dirigirse a Jesús García Valdecasas, que vive en Princesa, 16, Madrid, y es capitán del «Pequeño Pinocho F. C.».

Vicente Vera admitirá también a un medio centro y a otro izquierdo. Vive en Santa Engracia, 91.

Pinocho, socio honorario del «Pinochista» de Villafranca. — Pidiendo correspondencia. — ¡Ya llega el campeonato!

Los socios del «Pinocho F. C.» de esta villa han nombrado presidente honorario de dicha sociedad al simpatísimo Pinocho.

Queda una vez más demostrado el cariño que en Villafranca se tiene por Pinocho.

Con tal fausto motivo, la Directiva de dicha sociedad organizará grandes fiestas deportivas.

¡Bien por el «Pinocho Football Club»!

Arturo Arbizu y Pedro Beitia, capitán y secretario, respectivamente, del equipo «Pinocho F. C.» de Villafranca, desean tener correspondencia con el capitán de algún equipo pinochista.

Las señas son:

PEDRO BEITIA.

Calle Urdaneta, núm. 6. Barroeria. Villafranca de Oria. (Guipúzcoa).

¡Ya llega el campeonato! Ya pasaron los dos meses únicos del año en que se deja de jugar al fútbol.

Ya pronto presenciaremos las luchas interesantes entre dos equipos nivelados.

Las sociedades locales «Villafranca F. C.» y «C. D. Santa Ana» se despiertan de su sueño futbolístico y ya pronto prepararán interesantes encuentros futbolísticos con los valiosos equipos de esta región.

Ambas sociedades toman parte en el campeonato del distrito de Tolosa, junto con los equipos «Beasáin F. C.», «Goyeri Sport de Villarreal», «Siempre Alegre» y algunos más que no recordamos.

Por hoy, basta.

PEDRO BEITIA.

SIGÜENZA

Se ha celebrado un partido de fútbol entre los equipos de la «Deportiva Bilbilitana», de Calatayud, y el «Sigüenza F. C.».

Ganaron los seguntinos por tres «goals» a uno.

Terminó el primer tiempo ganando el «Sigüenza» por dos a uno, y en el segundo tiempo, un golpe franco originó el tercero y último «goal» de la tarde, terminando el encuentro con la victoria del «Sigüenza» por tres a uno. Los seguntinos se alinearon así:

Gómez, Eduardo, Toro, Bernal, Atance, Hernando, Grandes, X., Ochoa, López, Gildo.

Los tantos seguntinos los marcaron X., López y Bernal.

Por los del «Sigüenza» se distinguieron Ochoa, Atance y Gómez.

F. MAULEÓN.

NAVALMORAL DE LA MATA

En Navalmoral de la Mata se jugó un partido de fútbol entre los primeros equipos infantiles del «Gordeno F. C.» y el «Moralo F. C.».

Ganaron los segundos por 5 a 1. Estuvo dominando el «Moralo» todo el tiempo.

Arbitró el Sr. López del Gordo, bien.

Del «Moralo» se distinguieron el portero (que, a pesar de meterle un tanto por el ángulo que no alcanzaba, paró mucho y muy bien), el medio centro y el delantero centro. Del «Gordeno» se destacaron el delantero centro y el defensa derecha.

El segundo tiempo no se pudo jugar entero a causa de la lluvia.

Queda muy agradecido de sus lectores,

FELIPE LUENGO.



Barroso.

POR ISIDRO ARCOS.

EL PRÍNCIPE INESPERADO

Tres años llevaban casados los reyes y sin tener hijos. Un día el Rey salió a visitar las ciudades de su reino. El viaje duró más de ocho meses. Hacia el fin del noveno, volviendo ya a su capital, hubo de cruzar un territorio desolado como un desierto, sobre el cual caían furiosamente los rayos del sol. Era en pleno verano y el Rey sintió mucha sed. «¡Que me busquen agua en el centro de la tierra, si es preciso!», exclamó. Sus criados se pusieron en seguida en movimiento: unos hacia acá, otros hacia allá. Recorrieron todos los alrededores durante más de una hora sin dar con el menor rastro de agua. El sediento Rey les vio volver con las jarras vacías y decidió salir a buscarla personalmente, seguro de dar con ella. Y en efecto, dió con un pozo en medio de una planicie, donde jamás se había conocido antes. El brocal estaba completamente nuevo; el agua salía hasta la boca misma del pozo y en el agua flotaba una



jarrita de plata con asa de oro. El Rey quiso coger esta jarrita, pero ella no se dejaba coger. Se deslizaba, se sumergía como un pez y, en fin, se burlaba del Rey. Al ver esto, el Rey decidió beber sin jarrita: agachóse y comenzó a beber un agua limpia como el cristal y fría como el hielo. Mientras estuvo bebiendo así fué bajando y bajando en el agua su larguísima barba. Esto no tenía nada de particular; pero cuando, satisfecha la sed, quiso levantar la cabeza, vió que no podía. Todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Al cabo, furioso, exclamó:

—¿Quién hay dentro del maldito pozo? ¡Suéltame!

—Soy yo, el rey subterráneo, Costin el inmortal. Y no te suelto mientras no me prometas que ha de ser para mí aquello que tú has dejado en tu casa, sin saber que lo tenías y sin esperar encontrarlo a tu vuelta.

El rey miró en el pozo y vió una cabeza deforme, de ojos verdes e inmensa boca. Costin tenía sujeto al rey con sus manos que eran como pinzas de escarabajo, y se reía de un modo burlón. El Rey pensó que el objeto ignorado por él antes de partir y no esperado al volver, sería seguramente algo sin importancia, y para librarse de Costin le dijo:

—Te concedo lo que me pides.

Costin dió una carcajada, brilló como una candela y desapareció. Con él desaparecieron el agua, la jarrita y el pozo. El Rey se vió en medio de un arenal desierto. Se persignó, montó a caballo y se fué a donde los suyos para seguir el camino.

Llegó poco tiempo después a la capital. Todos salieron a recibirle. La reina le esperaba en las gradas del palacio con un niño dormido en los brazos. Al ver esto pensó el rey muy conmovido: «He ahí el objeto que yo ignoraba antes de partir y que me encuentro sin haberlo esperado.» Y desde aquel instante cayó en una profunda tristeza. Desde la reina para abajo todos se preguntaban la causa, pero nadie llegó a saberla. El Rey cada vez que veía y besaba a su hijito, lloraba pensando en que algún día vendrían a quitárselo.

Fueron pasando los años. El Príncipe Inesperado, como le llamaban, era ya un real mozo. El rey había ido olvidándose de la terrible amenaza de Costin.

Un día, estando el Príncipe de caza en un bosque, vió surgir de pronto un viejecillo monstruoso, de ojos verdes, que le preguntó:

—¿Cómo te va, Príncipe Inesperado? ¡Cuánto te haces esperar!

—¿Quién eres tú?

—Ya lo sabrás luego. Saluda a tu padre de mi parte y dile que no se olvide de la promesa.

Al volver al palacio contó el hijo al padre lo que le había sucedido. Entonces el Rey no tuvo más remedio que descubrirle la verdad.

—No llore usted, padre, dijo el Príncipe. Yo buscaré la manera de que Costin renuncie a los derechos que tiene sobre mí. Si no vuelvo antes de un año, es que no vuelvo más.

Dicho esto, hizo los preparativos de marcha, y partió con el caballo que le dió su padre y la crucecita que le dió su madre.

Después de cuatro días de marcha llegó a la orilla del mar, cuando el sol se ponía. Le chocó ver sobre la arena doce vestidos como de muchachas, blancos y ligeros. ¿De quiénes eran? Ni en el mar ni en la tierra se divisaba criatura alguna. Muerto de curiosidad, agarró un vestido, dejó en libertad a su caballo y buscó un escondite. En esto, una banda de ocas que jugaban en el mar se acercaron a la orilla. Once de ellas se pusieron los vestidos, dieron una patadita en el suelo y se transformaron en bellísimas damitas. Poco después desaparecieron como por encanto y quedó sólo una oca, la cual, no se atrevía a salir del agua. Se veía su azoramiento. Estiraba el cuello y miraba a todas partes. Cuando logró ver al Príncipe, gritó con una voz muy humana:

—Príncipe Inesperado, devuélveme las vestiduras que yo te quedé siempre agradecida.

El Príncipe las puso en la orilla y volvió a su escondite. Y la oca en cuanto se hubo transformado en damita vino a buscarle. Era de una belleza nunca vista. Encendida de vergüenza le tendió la mano al Príncipe y le dijo bajando los ojos:

—Te agradezco, noble Príncipe, que hayas atendido mi súplica, soy la hija menor de Costin. El tiene doce hijas, y reina en el imperio subterráneo. Hace tiempo que te aguarda. Está furioso. Sin embargo, no te apures. Tú harás todo lo que yo te diga. En cuanto le veas ponte de rodillas, no hagas caso de sus gritos ni de sus amenazas, y acércate a él resueltamente. Ya sabrás luego lo demás. ¡Anda! Vámonos.

Al decir esto dió una patadita en el suelo. Abrióse un boquete y bajaron al fondo de la tierra. Pronto se vieron en la gran sala real, donde estaba Costin sentado en su trono de oro, coronado con una brillante diadema. El Príncipe se incó de rodillas en seguida. Costin lanzó gritos espantosos que hicieron retemblar las bóvedas subterráneas. No por eso perdió su valor el Príncipe; antes bien, siguió de rodillas avanzando hacia el trono. Cuando estuvo cerca rompió el Rey en una carcajada, y dijo:

—Tú no sabes lo que has logrado haciéndome reír. Quédate en mi reino, pero antes de obtener derecho de ciudadanía, falta que



cumplas tres órdenes que voy a darte. Hoy es tarde ya. Mañana comenzaremos. Vete a dormir.

Al día siguiente, Costin le llamó y le dijo:

—Esta noche me vas a fabricar un palacio de mármol, con ventanas de cristal y techos de oro, un parque y unas fuentes. Si no lo consigues, te corto la cabeza.

El Príncipe después de oír aquello se retiró a su cuarto y se puso a pensar en la muerte que le esperaba. En esto, una abeja tocó en su ventana y dijo: «Déjame entrar.» Era la hija menor de Costin.

—¿En qué sueñas, Príncipe Inesperado?

—Sueño en que tu padre me va a cortar la cabeza.

—No te apures; duerme en paz, que cuando te levantes estará listo el palacio.

Dicho y hecho. A la mañana siguiente pudo el Príncipe enseñar su palacio a Costin, el cual no daba crédito a sus ojos.

—Bueno, le dijo. Has ganado la primera vez. Vamos a la segunda prueba. Mañana mandaré venir a mis doce hijas; si no adivinas cuál es la menor te cortaré la cabeza.

El Príncipe se fué a su cuarto muy contento. «¿Cómo no he de reconocerla?», se decía. En esto llegó la abeja y le dijo: «No creas que es tan fácil. Somos absolutamente iguales las doce hermanas.»

—¿Qué debo hacer entonces?

—Verás. La menor llevará pintado un lunar pequeñito encima de la ceja derecha. Fíjate bien.

A la mañana siguiente llamó Costin al Príncipe. Ya estaban dispuestas en fila sus doce hijas, todas vestidas iguales y con los ojos bajos. El Príncipe se maravilló de la extraordinaria semejanza que tenían entre sí. Fué pasando revista una y dos veces. No veía la motita sobre la ceja. Pero a la tercera vuelta la distinguió.

He aquí la más joven, dijo a Costin.

—¿Cómo diablos has podido adivinarla?, le dijo éste furioso. Aquí hay gato encerrado. Pero mañana te someteré a una prueba más segura. Cuando den las tres, vas a venir aquí y vas a hacer en mi presencia un par de botas. Pero en el tiempo que tarde en quemarse un puñado de paja.

El Príncipe se fué triste a su cuarto. La abeja, que ya estaba allí, le dijo:

—¿Qué te pasa, Príncipe?

El Príncipe le repitió lo dicho por Costin.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé. Dejarme matar. No me importa la muerte.

—No, Príncipe. No morirás. Yo te salvaré. Huiremos juntos o moriremos juntos.

Dichas estas palabras pegó un golpecito en la tierra, salió con el Príncipe del cuarto, cerró y tiró lejos la llave. Después, cogidos de la mano, subieron rápidamente y salieron del abismo como habían bajado. Todavía estaba el caballo del Príncipe pastando cerca del mar, donde se había quedado. El animalito vino en busca del amo con muestras de contento. El Príncipe, sin perder un instante, montó en él con su pareja y salió como una bala.

Entre tanto Costin exigía la presencia del Príncipe. El criado que había ido a buscarle había encontrado la puerta cerrada. Le llamó a voces, y una voz, salida de no se sabe donde, contestó: «¡Un instante!»

Costin esperó un instante y más; pero viendo que no venía, gritó furioso:

—De mi no se burla nadie. Id a buscarle otra vez. Echad la puerta abajo.

Los criados, después de abatir la puerta, encontraron el cuarto vacío. Costin, loco de rabia, ordenó que saliesen en seguida en persecución del fugitivo, y les amenazó con la muerte si no le traían.

Los criados partieron como flechas.

No corrían menos los fugitivos sobre el fogoso caballo del Príncipe. Pero al fin iban dos sobre un animal. Pasado algún tiempo oyeron un furioso galopar. El Príncipe puso oído en tierra y dijo: Nos persiguen.

—Está bien, repuso la Princesa; no hay que perder tiempo.

Y al instante se transformaron todos: ella en margen del río, él en puente y el caballo en cuervo. A la salida del puente brotaron tres caminos divergentes. Cuando llegaron a ellos los perseguidores quedaron petrificados, y sin saber qué camino tomar volvieron a la mansión de Costin. Este montó en cólera. «Son ellos, son ellos mismos que se han convertido en puente, en ribera y en cuervo. Volved por ellos.»

Los Príncipes, entre tanto, habían reanudado su camino. Pero pronto volvieron a oír galopes. Al instante, la Princesa, el Príncipe y el caballo se convirtieron en una intrincada selva. Llegaron los perseguidores, empezaron a correr por aquellos senderos entrelazados y laberínticos. Corrieron mucho y a la postre se encontraron en el sitio de la entrada. Desesperados, decidieron volver a la mansión de Costin. La selva desapareció en seguida.

—¡Un caballo! ¡Un caballo!, gritó furioso Costin al verlos entrar de nuevo. Yo mismo los atraparé. A mí no se me escapan.

—Y partió echando espumarajos de rabia.

—Parece que nos persiguen, volvió a decir la Princesa. Y esta

vez es Costin mismo. Pero el imperio suyo termina allí donde se halla la primera iglesia. Dame la cruz que te puso tu madre.

El Príncipe le dió la cruz y al momento quedaron convertidos, ella en iglesia, él en sacerdote y el caballo en sacristán.

En aquel momento llegó Costin:

—Oye tú, sacristán, ¿no has visto a unos viajeros a caballo?

—Sí; acaban de pasar el Príncipe Inesperado y la hija del Rey Costin. Han rezado en esta iglesia y han mandado decir una misa por ti. Además, me encargaron que te saludara.

Costin había perdido la partida y no tuvo otro remedio que volver a sus dominios. Había que oírle refunfuñar.

El Príncipe y la Princesa continuaron su viaje tranquilos y alegres.

Desde el camino vieron una ciudad que prometía ser muy bonita e interesante. El Príncipe quiso visitarla.

—Príncipe, no vayas que presiento una desgracia, dijo la Princesa.

—Es cosa de un momento nada más. En cuanto eche un vistazo continuaremos el camino.

—Ir es muy fácil, pero ¿quién sabe si volverás? Yo te espero aquí, cambiada hasta que vuelvas, en una piedra blanca. Escucha: los reyes de ese país saldrán a saludarte. Con ellos aparecerá un joven extraordinariamente bello; ten cuidado de no abrazarle porque perderás la memoria. Olvidarás todo lo sucedido, y yo moriré de tristeza. Yo te espero aquí. Si pasados tres días no vuelves, sabe que muero y que muero por ti.

Pasaron los tres días. El Inesperado no volvió. ¡Pobrecilla la Princesa! Sucedió tal y como ella lo había predicho. El Príncipe dió un abrazo al joven aquel y se olvidó de todo, incluso de la hija de Costin.

Esta, cuando transcurrieron los tres días, gimió y lloró, a pesar de su estado pétreo. Luego se transformó en violeta y se posó en la vera del camino.

«Aquí, a lo menos, un caminante me arrancará o me pisará, pensó. Y sus pétalos se llenaron de lágrimas como gotas de rocío. En esto

pasó un anciano que la tomó, la llevó a su casa y la puso en un florero. Desde aquel día, la casa fué teatro de verdaderas maravillas. Cuando el pobre viejo se levantaba, ya tenía sus muebles y toda la vivienda limpia y en orden. Cuando volvía del trabajo encontraba la mesa puesta y la comida lista. Su asombro fué siendo cada vez mayor; acabando por sentir miedo. Entonces decidió consultar a una hechicera muy famosa de aquel país. La hechicera le dijo:

—Levántate al amanecer, antes de que cante el gallo, y vigila todos los objetos de tu casa. Si alguno se moviese cúbrelo con este pañuelo y ya verás lo que pasa.

El viejo no pegó un ojo en toda la noche. En cuanto despuntó el día se puso en aleecho. Y, he aquí que de repente la violeta salta del florero y se pone a tragar por la habitación. Los muebles se pusieron en orden, limpios, y la hornilla se encendió sola. El viejo agarró el pañuelo y lo dejó caer sobre la flor. Se deshizo el encanto, y apareció la hija del Rey Costin.

—¿Qué has hecho?—exclamó—. ¿Por qué me devuelves la vida? Mi prometido, el Príncipe Inesperado,

ha perdido la memoria, y yo detesto la vida.

—¿Tu prometido, el Príncipe Inesperado? Pero si se casa hoy. La boda está preparada y ya comienzan a llegar los invitados.

La Princesa se puso a llorar. Pero después de unos instantes enjugó sus lágrimas, se vistió como una mujer de pueblo y se dirigió a la ciudad.

No tenemos para qué decir los medios de que se valió para entrar en palacio. El hecho es que llegó a la cocina real, y acercándose al cocinero mayor, le dijo con la voccecita más mimosa que pudo:

—Amable señor, concederme una gracia. Permitidme que haga el pastel de bodas para el Príncipe.

El cocinero estaba muy atareado y hubiera querido mandarla a freír espárragos. Pero al verla tan gallarda y tan bonita se le deshicieron todas las malas intenciones, y terminó diciéndola:

—Belleza de las bellezas, haz lo que desees. Yo mismo presentaré al Rey tu pastel.

Ya está fuera del horno el dulcísimo regalo. Ya están en el comedor todos los grandes señores. El cocinero deposita en la mesa el gigantesco pastel sobre una bandeja de plata. No hubo hecho el Príncipe más que clavar el cuchillo en él, cuando salieron volando un pichón gris y una paloma blanca. La paloma iba por encima de la mesa, siguiendo al pichón y canturreando la copla siguiente:

Pichoncito no me huyas;
no seas con tu paloma
tan ingrato como el Príncipe
de las magníficas bodas.

La copla despertó la memoria en el Príncipe, quien se levantó de la mesa precipitadamente, salió a la puerta y se halló frente a la hija de Costin. La dió la mano y como locos salieron en busca de un caballo que muy pronto les transportó al verdadero palacio del Príncipe Inesperado. Los comensales se quedaron con la boca abierta. Abierta y vacía, porque el banquete se fué al demonio.



FENISTE

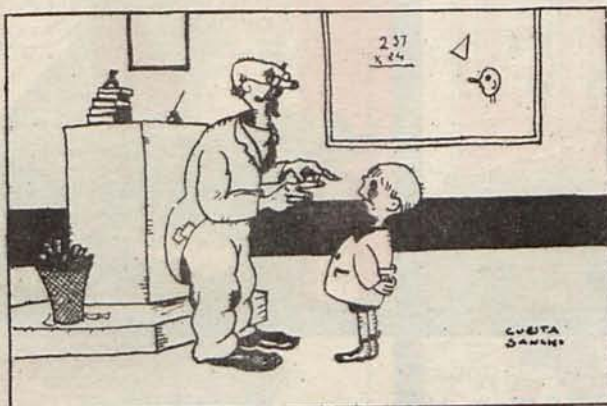
B U E N O S Y M A L O S



—Y tú, rico, ¿qué vas a ser?
—Yo, ¡médico como usted!
—Y ¿para qué quieres ser médico?
—Para curar a mi caballo *rande* de cartón.



—Don Blas, usted es muy listo, ¿verdad?
—¿Por qué lo dices, rica?
—Porque ayer vino de visita doña María y le dijo a mamá: don Blas no tiene ni un pelo de tonto.



Lección de geografía.

El maestro.—Vamos a ver, ¿dónde está el TAJO?

El niño (que es hijo de un carnicero).—En mi casa lo tiene mi padre al lado del mostrador.



—Recuerde que el trato fué que le pagaría la mitad y quedaría a deberle el resto.
—Bueno; pero el resto, ¿cuándo me lo pagará usted?
—Nunca; porque entonces no se lo quedaría a deber y faltaría a lo tratado.



El doctor.—Pues, señor, no sé de qué se queja usted. Yo no oigo nada.

El enfermo.—Le prevengo, doctor, que no es un gramófono lo que tengo, más bien debe de ser un cólico.



—¡Papá! Dile a Rafa que se esté quieto. Está echando el aliento en el termómetro y se pone el cuarto a una temperatura imposible.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALBUYAS DE MACACO Y PITORRO



Este ser estafalario
se llama Don Dromedario



Y estaba de mal talante
pues lleva un año, ces ante



Pero Macaco, muy fino,
le proporciona un destino



Pues en sus ratos de ocio
ha ideado el gran negocio.



Consiste, en vender de día
décimos de lotería.



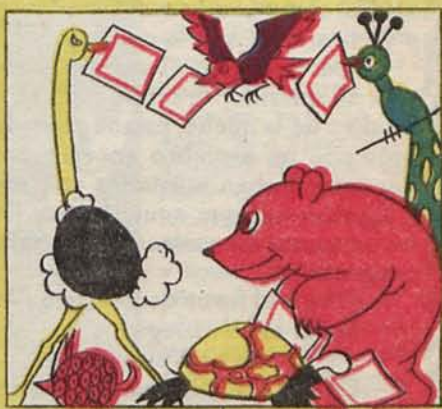
Don Dromedario, sentado
a hacer su oficio ha empezado



Los clientes le dan coba
tocándole la joroba.



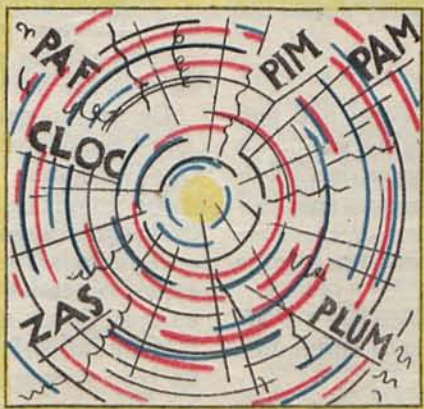
Y aprovechan la ocasión
del Elefante al Raton.



Pues del avestruz al tordo
todos creen tener el Gordó.



Llegó el día del sorteo
y el Gordó cayó ¡En Bermeo!



Se promovió el gran motín
y hubo estacazos sin fin. "¡Me cayó la lotería!"



Me han pegado, el Elefante
el Rinoceronte y el Hipopotamo.
Total, me han tocado
TRES GORDOS

LAS GRANDES ENTREVISTAS

UN NIÑO DE LA LUNA

Por fin he encontrado un procedimiento para llegar hasta la Luna. Yo le había dicho a Pinocho:

—Oye, necesito un aeroplano para llegar hasta nuestro satélite.

—¿Y qué puede costar? —respondió.

—Yo no sé; pero siendo un aeroplano de goma, de esos de los bazares, yo creo que unas quince o veinte pesetas.

—Chico, eso es mucho. Se acerca el otoño y tengo que hacerme los trajes de invierno. No basta que Pirula, tan mañosa, me los haga por cuatro cuartos. Hacen falta tela, botones, hilos... En fin, Chonón, piensa a ver si hay un procedimiento más barato.

Yo me encerré en mi despacho y, en efecto, encontré el procedimiento, que le llevé a Pinocho muy explicadito en un papel.

—A ver qué te parece. Pedimos permiso a un general para que nos deje disparar un cañón de esos que disparan hacia arriba contra los aeroplanos, y disparamos hacia la Luna cuando esté en lo más alto. Metemos dentro de la bala una carta que diga: «Tiren de esa cuerda». A la bala atamos una cuerda y la cuerda que esté arrollada a un carrete que gire muy ligero, muy ligero.

—¿Y qué hacemos con eso?

—Muy fácil. Cuando la bala haya llegado a la Luna, me ato del cinturón a la cuerda, y ya tirarán al leer la carta.

Le pareció bien el asunto a mi querido director, y así se hizo. El jueves, a las diez de la noche, estaba yo en la Luna y era recibido con un asombro enorme por sus habitantes, que me miraban asustados con su ojo de la frente.

Comprendí que aquellos que llevaban una porra en su mano de cuatro dedos serían guardias, y les pregunté:

—¿Hace el favor de decirme dónde hay un niño?

—Están en el colegio.

—¿Y dónde está el colegio?

—En la calle del Cuarto Creciente, esquina a la plaza de la Luna Llena.

Entré en el colegio, llamado Colegio de los Eclipses, y el profesor me ofreció el niño más inteligente para que le entrevistara. El niño apareció en la sala de espera a cuatro patas.

—¡Hola, niño!

—¡Hola, Chonón!

—Ah, pero, ¿me conoces?

—Sí, hombre; en cuanto me han dicho que uno de la Tierra venía a entrevistarme. ¿No ves que a nosotros nos «radian» todos los números de PINOCHO para que nosotros los publiquemos aquí?

—¿Y quién os lo «radia»?

—Un tal Don Turulato, que también nos cuenta las cosas que le pasan a él.

—Le conozco. Y ya que sabes quién soy y a qué vengo, voy a empezar. ¿Por qué vienes andando a gatas?

—Porque en la Luna los niños andamos a gatas hasta los cuarenta años, que dejamos de ser niños. Desde los cuarenta a los ciento setenta somos hom-

bres. Y después, ancianos. De ancianos volvemos a andar a gatas.

—¿Y por qué es eso?

—¡Bah! Por costumbre. Si un niño de treinta y cinco años se pone de pie, es que viene presumiendo de hombre, y le regañan sus papás.

—¿A qué juegos jugáis aquí?

—Muchas veces jugamos con unos balones que nos hacemos rellenando unos saquitos con pelo que cortamos a los maketes, especie de orangutanes que están siempre peleándose con nosotros, porque dicen que los hombres de la Luna son ellos y no nosotros; pero les podemos. Es lo que os pasa a vosotros con los monos.

—¿Y cómo es ese juego? —pregunto.

—Facilísimo: nos ponemos once niños a un lado y once a otro; clavamos unos palos para que imiten puertas, y como andamos a gatas, hay que empujar con la cabeza la pelota para meterla en la puerta contraria. Es muy divertido, porque nos pegamos grandes cabezazos. Y como la afición está muy desarrollada, nos hacemos tantos chichones, que de poco tiempo a esta parte nos ha crecido la cabeza a los habitantes de este satélite.

—¿Qué os enseñan en el colegio?

—Cosas muy importantes: acantar, apescar ya imitar la voz de los animales.

—¿Y para eso vais cuarenta años al colegio?

—Ya lo creo. Es que son cosas muy difíciles y muy útiles. Por ejemplo, pescar. El pescado de la Luna es muy rico. Y como no tenemos alfileres para hacer anzuelos, lo pescamos con la mano. Y en el colegio lo ensayamos con una pastilla de jabón muy escurridiza. Los martes, jueves y sábados, toda la tarde la pasamos cogiendo jabón.

—¿Y lo de imitar a los animales?

Pues lo mismo. A los cuarenta años todos sabemos piar, balar, graznar, croar, ladrar, relinchar y todo eso. De esta manera nos acercamos a los bichos y los cogemos.

—¿Y para qué os sirve cantar?

—¡Oh! Muy útil también. Cuando cantamos, llueve; y tenemos muy buenas cosechas de zanahorias, a las cuales nosotros llamamos jamón de la Luna.

—Oye —dije—, ¿es cierto que los Reyes Magos de la Tierra os envían juguetes?

—Sí, cierto; pero los alcaldes los cogen y los llevan a los Museos. ¡Una perla!

De pronto entra el profesor diciendo:

—Chonón, que te llama de la Tierra, por T. S. H., Don Turulato.

Me pongo los auriculares y oigo: «Chonón, descuélgate en seguida, que la Luna se va a pasar de encima de la Tierra y vas a ir a parar al infinito». Les estrecho a todos la mano de cuatro dedos y me desuelgan desde el satélite.

¡Qué horror! Noté que mi planeta se quedaba a un lado y yo seguía bajando. Gracias a que apareció Pinocho en aeroplano y me recogió admirablemente. Si no... a estas horas estoy en Júpiter, donde creo que no hay habitantes. —Chonón el Curioso



HISTORIAS DE ANIMALES

EL GUSANITO DE SEDA

En todas las hojas de morera no se hablaba de otra cosa. Los gusanos se lo decían unos a otros, en secreto, dejándose en los oídos una baba de hilo.

Albertito, aquel gusano blando y gris como una goma de borrar, abominaba del trabajo y se entregaba a ociosos dilata-dos, al sol, sobre una hoja que se iba comiendo poco a poco. Cuando acababa una hoja, se iba a otra, y así deslizaba su vida, mientras que sus hermanos se afanaban en la prodigio-sa industria de la sedería.

Ya hemos estudiado en esta sección los terribles resultados de la ociosidad en algunos animales (la hormiga Paquita, el flamenco, entre otros). Pero el caso de Albertito era mucho más indignante: no sólo no trabajaba, sino que ponía faltas a la labor de sus hermanos.

—¡Vaya una seda! ¡Eso parece seda artificial! ¡Cada día lo hacéis peor, hijos! Os podíais dedicar a otra cosa.

Ya comprenderéis el mal efecto que las palabras de Albertito producían en los demás gusanos, que eran todos muy formales.

Por más que todos se pre-ocupasen en hacer la seda del mejor modo posible, Al-bertito, convertido en crítico, lo encontraba todo mal y se burlaba groseramente de la labor ajena.

—¡Hay que ver! ¡Mira que decir que eso es seda! Os debéis llamar gusanos de al-godón.

Sus parientes y los gusa-nos más viejos de la colonia sedera, estaban muy preocu-pados a causa del perverso carácter de Albertito, que no se ocupaba de nada más que de comer y pasear y, en último caso, de componer coplas de carácter satírico.

—Albertito, hijo; es nece-sario que te corrijas —le de-cían—. Todos los jóvenes de tu edad ya han hecho su capullo, como debe ser, y después se han vuelto mari-posas y han volado alegre-mente. ¿No te da envidia?

Albertito se ponía a silbar y cantaba, después:

Que se vuelva mariposa
y haga capullos quien quiera,
que yo me encuentro muy bien
en mi hojita de morera.

Era incorregible. Además, decía que los gusanos, en cuanto se vuelven mariposas, se mueren en seguida, y que él no tenía la menor gana de morir-se.

La gente dejó de visitarle y ya muchos no le saluda-ban. Las mamás le ponían a sus hijos como ejemplo de malas costumbres.

—¡Nunca seáis como Albertito, hijos míos! ¡Ved a lo que conducen la ociosidad y la desobediencia!

Mientras tanto, el gusano Albertito, se sentía feliz en aquella vida y se dedicaba a poner motes a los demás.

Hasta que un día...

Un día, vieron todos con asombro que Albertito em-pezaba a babear.

—Se habrá mareado —decían los incrédulos—. No puede ser que el incorregible gusanito se decida a ha-cer su capullo.

Pero, aunque parezca extraño, Albertito seguía su trabajo y arrastraba su boca, como nosotros cuando hacemos la por-quería de mojar con saliva la goma de los sobres, y dejaba un hilito amarillo y frágil.

Poco a poco, el hilito fué haciendo una especie de cacahuet, y Albertito se quedaba dentro de él, como en un cesto.

Todos acudían a verlo, negándose a creer que fuera posi-ble: ¡Albertito hacía su capullo! ¡Se había regenerado!

Cada vez que el hilo daba una vuelta más, se oía una ova-ción dedicada a Albertito, como si hubiera dado un pase de pecho. Los gusanos más entusiastas, le mandaban con sus criados ovillitos de hilo de seda, para que acabara antes su capullo. Los demás, para testimoniar su felicitación, dejaban tarjeta o firmaban mordiendo una hoja de morera, en la que dejaban la rúbrica de un agujero como una quemadura.

—¡Mañana sale! ¡Mañana sale! —decían todos, igual que los vendedores de lotería.

Se esperaba la salida del gusano arrepentido con ver-dadero entusiasmo. Todos se disponían a acudir, como si se tratase de una proce-sión, y se habían puesto sus trajes nuevos.

Antes de la apertura del capullo en donde Albertito se había encerrado, el alcal-de de los gusanos, puesto de chistera y levita, dirigió la palabra al público:

Señores: Estamos reuni-dos para conmemorar un fe-liz suceso. Siempre lo es el arrepentimiento de un rebel-de. Acordaos del mal ejem-plo que nos dió Albertito y admirad hoy su salida del capullo, su vuelta a la labo-rioidad. Dentro de unos instantes, ya se le oye mo-verse, va a aparecer. Todos le veréis. Ha hecho seda du-rante varias horas y surge convertido en esplendente mariposa, para elevarse feliz y ligero. No hace sino cum-plir con su deber y ser útil a la sociedad. Un gusano, co-mo gusano, no es nadie. Un capullo, es una promesa. Una mariposa, es el fin de nuestra ilustre raza, obedeciendo a las leyes establecidas, que nadie osará interrumpir... (Ovación.)

Todos los presentes es-taban emocionados. Algu-nos habían roto sus capu-

llos y se asomaban como en un balcón.

Crujió el capullo de Albertito. El alcalde, sombrero en mano, dió un viva; pero aquel viva se quedó en el aire.

El estupor fué general.

Albertito salió de su capullo tan gusano como esta-ba antes. Únicamente hizo su capullo para, con la seda, fabricarse un pañolito muy elegante, que lucía entre dos arrugas, como si asomase del bolsillo.

Saludó a todos y se fué a su hojita, a seguir vivien-do feliz y tranquilo, a poner faltas a todo, a cautar y a no trabajar.

Los gusanos decentes, indignados por la burla de Al-bertito, no hablaban nunca de él, y todo el mundo le desprecia, muy justamente.

José López Rubio.



PROGRAMA
PARA HOY

EL ARAÑAZO

¡Sensacional!

GRAN CINE



EL ARAÑAZO

Mister Kintetto, el detective, estaba recostado en un asiento del ferrocarril, y los ojos se le entornaban mirando el paisaje. Apetecía dormir. Sin embargo, él hacía un gran esfuerzo para mantenerse firme.

Estaba encargado de entregar un valioso collar de perlas al marqués de Ruedas, y lo llevaba guardado en su bolsillo.

Y aun cuando sospechaba que sólo el marqués y el ayudante del detective sabían que lo llevaba, no le gustaba tampoco llegarse a dormir.

Para ello, decidió darse un paseo por el pasillo del vagón.

Y cuando caminaba tranquilamente, sintió que un hombre se abalanzaba sobre su espalda. Kintetto era fuerte, y agarrando los antebrazos del anémigo, los retorció cuanto pudo. Entonces vió que la mano del miserable rompía el cristal y se arañaba con él, sin querer, para saltar y desaparecer por los estribos.

Aquel ladrón, que había querido sacarle el collar del bolsillo, no pudo ser hallado luego en todo el tren.

Por fin llegó el detective a Valledanos, el pueblecito que daba término a su viaje, y donde debía celebrarse una gran fiesta, puesto que estaba lleno de automóviles que entraban y salían en la finca del marqués de Ruedas.

El marqués le recibió muy contento y le hizo subir al salón del piso alto, donde se exhibían valiosísimas joyas.

El marqués se explicó:

—Hoy se celebran las bodas de mi hija Carlota, y estos son los obsequios que la han hecho. Entre ellos estará el collar que usted trae, que es el regalo que yo le hago.

El collar era la mejor alhaja que allí se lucía, a pesar de lucirse joyas por valor de muchísimos miles de pesetas.

Kintetto se asomó un instante a la ventana que daba al parque y vió medio oculta por un árbol una persona cuya mano, cogida al tronco, mostraba un arañazo.

Entonces exclamó:

—Marqués: yo no quisiera alarmarle; pero en vuestra finca hay una persona que tiene interés en coger el collar.

—¿Un ladrón?

—Sin duda alguna; pero usted esté tranquilo, y vaya a cumplir con los invitados. Aquí quedo. Tomi, mi ayudante, llegará en seguida en «auto». Yo he querido venir en tren, para evitar los atracos de carretera.

En cuanto el venerable aristócrata de la barba blanca había desaparecido, el detective se puso a pasear.

Y apenas llevaba así un momento, el marqués apareció de nuevo y desde una puerta llamó con una mano a mister Kintetto.

Este se acercó, e inmediatamente advirtió que el anciano apretaba hacia el detective una jeringuilla que llevaba llena de un líquido de fuerte olor.

Muy pronto notó Kintetto que aquello le hacía desvanecerse; y en la caída pudo ver el arañazo de la mano del gran bandido que, sin duda, se había caracterizado ahora de marqués de Ruedas.

□ □ □

En este momento llegó un automóvil al parque. Un joven descendió de él. Era Tomi, el ayudante del detective.

Pero al mismo tiempo bajó el ladrón por el cable del pararrayos, se acopló en el «auto» recién llegado y dió marcha inmediatamente.

Tomi no tuvo tiempo más que de gritar:

—¡Dogol! ¡Dogol! ¡A él!...

De los asientos de atrás del coche, surgió un hermoso perro policía que gruñó amenazador al ladrón.

Este no esperó a más. En marcha brincó a otro coche que estaba parado, y siguió la carrera con él.

Entonces el coche abandonado topó contra un árbol, y Dogo se quedó guardándole a pesar del golpe.

Tomi tuvo una duda. ¿Seguiría al caballero de la barba blanca?... No, no. Antes debía esperar a recibir las órdenes de su maestro.

Al entrar en el palacio del marqués, lo

primero que hizo fué encontrarse con Ruedas, el venerable caballero de la barba blanca.

—¿Usted aquí? ¿Y por qué ha destrozado mi coche contra el árbol?

—¿Yo?... ¿Y usted quién es?

—Yo soy Tomi, el ayudante de mister Kintetto.

—Entonces vamos a buscar a su maestro, y él me aclarará lo que quiere usted decir achacándome las roturas de su coche.

Subieron y encontraron al detective tumbado en el suelo, sin conocimiento. Tomi le puso paños de agua fría en la frente y el cuello, e inmediatamente le hizo reaccionar.

—¿Qué os sucede, maestro?

—Que el ladrón, disfrazado de marqués, seguramente ha robado el collar...

Estas palabras explicaron la confusión de Tomi.

Buscaron entre las joyas, y la más valiosa faltaba en efecto.

Ruedas se llevó las manos a la cabeza y se lamentaba discretamente, dando a entender que no le había servido de nada la actuación de los detectives.

Kintetto, hombre avisado en extremo, notó el gesto del marqués, y cogiendo por el brazo a su ayudante le dijo:

—Tomi: dentro de dos horas hemos de traer las perlas al señor marqués de Ruedas.

Los dos salieron precipitadamente, con un gran gesto de preocupación en sus rostros.

□ □ □

Inmediatamente se llegaron a su coche. Por fortuna no estaba todo lo destrozado que creían, y el motor y la dirección funcionaban.

El detective se agarró al volante, y veloces como el viento se dejaron llevar del instinto, seguros de que el instinto habría sido también el que guió en el volante las manos del ladrón.

Pronto encontraron un coche parado, cerca de un bosque espeso.

—Seguramente este es su coche —dijo el maestro—. La portezuela tiene una corona, y la boda de la señorita de Ruedas estaba llena de títulos.

—Y ahora —añadió Tomi—, ¿cómo damos con él?

—Muy fácilmente. El perro se encargará. —Y llamando al can: ¡Dogol! Busca aquí..., busca aquí...— Y le hacía oler el volante, donde habían estado cogidas las manos del disfrazado.

En seguida, Dogo empezó a caminar por el bosque y su dueño detrás. Iba olfateando por el suelo, con su hocico agudo. A veces volvía sobre su camino y seguía otra ruta.

Por fin dieron con un río poco profundo, y observaron que al otro lado había un campesino con los pies descalzos y en mangas de camisa, durmiendo sobre una sombra del suelo.

El perro, antes de echarse al agua, empezó a ladrar al hombre dormido.

—¡Guaul...! ¡Guaul...! ¡Guaul...!

—Eso es que por aquí ha pasado, y Dogo ha perdido la pista por culpa del agua —dijo Tomi.

Pero Kintetto se estaba descalzando para cruzar con el perro. Y cruzaron, y el animal ladró hasta despertar al campesino.

Este, al levantar la cabeza de sobre las manos, dejó al descubierto un arañazo en una de ellas.

Y fué en ese momento cuando el detective sacó la pistola automática y dijo al que se hacía el dormilón:

—Comprendo que te duermas. El día ha sido duro: el tren, el disfraz, el robo, el automóvil, el bosque, el río... Perdona que te despierte si soñabas, pero has de acompañarme a la comisaría. Te llevaré en el mismo «auto» cuya carrocería has destrozado.

—¿Y las perlas? —preguntó Tomi.

—Las perlas —dijo el maestro— las acaba de encontrar Dogo. Mirale.

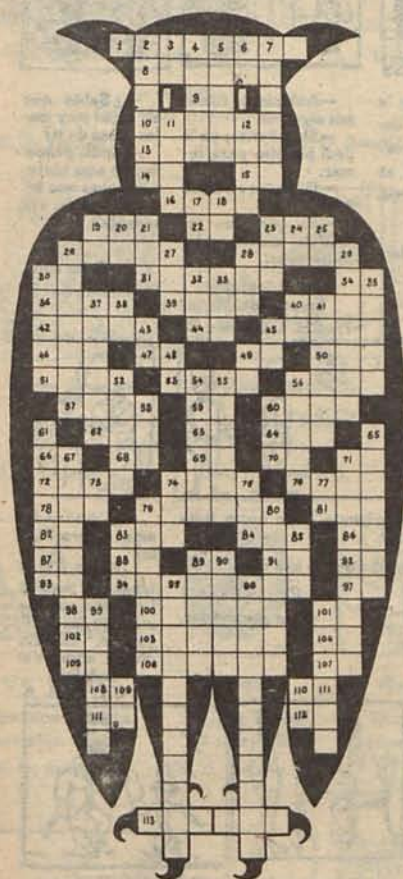
Unos pasos más allá, el perro desenterraba el precioso collar de perlas, que Kintetto y su ayudante entregaron al marqués de Ruedas, inmediatamente después de entregar a la Justicia un hombre que llevaba arañada la mano.



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

El mochuelo.



INDICACIONES

HORIZONTALES

1. Mascarón.—8. En el ojo.—9. Contracción.—10. Se desentendía.—13. De la seda.—14. Contracción.—15. La primera de un palo.—16. Téngalos el pan y no el queso.—19. Subjuntivo.—22. Uno.—23. Alabanza.—26. Estoy alegre.—28. Todavía más alegre.—30. Nota.—31. Arbol, plural.—34. Letra.—36. De América.—39. En música.—40. Pena manifiesta.—42. Caudillo terror de Roma.—44. Indicativo.—45. Taurino.—46. Apellido.—47. Indicativo.—49. Pronombre.—50. Poseedor.—51. En los cuentos.—53. Golpe.—56. Artículo.—57. Instrumento en música.—59. Condicional.—60. Cuna de un Santo.—62. Verbo.—63. Pronombre.—64. Subjuntivo.—66. Lengua de Mistral.—68. Niega.—69. Nota.—70. Pronombre.—71. Imperativo.—72. Viste.—74. Adjetivo.—76. Aves.—78. Letra.—79. Se la enciende.—81. Árabe.—82. De los chinos.—83. Pródigos.—84. Antefirma para damas.—86. Lo mismo.—87. Preposición latina.—88. Conjunción latina.—89. Pronombre.—91. Idem.—92. Conjunción disyuntiva.—93. No es no.—94. Desbasta el hierro.—97. Interjección.—98. Preposición.—100. Navega.—101. Marchar.—102. Contracción.—103. Debajo del hombro.—104. Nota.—105. Reflexivo.—106. Si tuviera la sga sería un templo.—107. Porque existe.—108. Letra.—110. Naípe.—111. Prefijo negativo.—112. Artículo.—113. Lugares tenebrosos.

VERTICALES

2. Para lavar.—3. Nota.—4. Lúgubre.—5. Acento.—6. Cantidad.—7. Sed limpias.—11. Tonto.—12. Futuro.—17. Cuando rie.—18. Pronombre.—19. Artículo.—20. Preposición.—21. Liga.—23. Artículo, plural.—24. Sentí.—25. Contracción.—26. De Alfonso el Sabio.—27. Del mar.—28. Reptil.—29. Expléndidos.—30. No lo des; que paguen.—32. Labre.—33. Posesivo.—35. Dios, plural.—37. Para que no se abra.—38. Contracción.—40. Artículo.—41. Una de las nueve musas.—43. Exclamación.—45. Pronombre.—48. Idem.—49. Se le dice al asno.—52. Da parecer.—54. Desvastar.—55. Tiene un pie encima.—56. Empléelo.—58. Redondo.—60. Subjuntivo.—61. Orden de religiosas.—65. Abandono.—67. Parcas.—71. De donde viene la sai.—73. Letra.—74. Animal.—75. Dios.—77. Negación familiar.—79. Nombre femenino árabe, plural.—80. Desarrapado.—83. Contracción.—85. Bondadosa.—89. Apellido.—90. Las «concejalas».—95. Emperador.—96. Vegetales (adjetivo).—99. Composición lírica triste.—101. No se hirieron.—109. Preposición.—110. Contracción.

FERNANDO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.
Trece años, Barcelona.

72. P. Sección B.

Problema.

I	E	F	O	I	U	E	O	C	L
J	Q	S	T	C	A	U	L	V	M
S	E	O	L	H	V	B	R	L	R
O	L	Z	I	M	A	P	P	S	D
O	E	A	J	Z	S	J	O	E	U
R	S	S	E	P	N	M	V	Z	H
N	E	M	H	T	O	K	R	T	F
S	E	R	E	U	E	S	D	J	B
R	M	V	D	S	F	O	E	G	H
J	S	R	L	R	A	S	O	D	A
E	Y	O	E	D	Z	N	B	S	O

La solución de este problema consiste en hallar el nombre de un dios mitológico.

Supongamos que este dios es ZEUS, entonces habremos de partir del cuadro Z señalado con una cruz, y mediante saltos de caballo de ajedrez iremos a parar al cuadro E y de éste al U para terminar en el cuadro S.

¿Qué nombre es el del dios que hay que encontrar?

JOSÉ LUIS HERRERO.
Catorce años, Villalba.

73. P. Sección B.

Jeroglífico.



74. P. Sección B.

Jeroglífico.

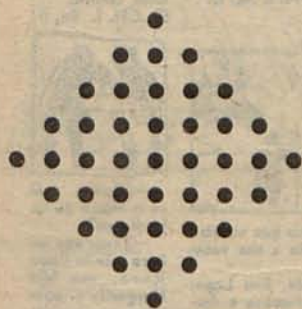


REFRÁN

VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Once años.

75. P. Sección B.

Logogrifo.



Póngase en cada punto una letra para que se pueda leer, tanto horizontal, como verticalmente: 1.º, consonante; 2.º, dignidad extranjera; 3.º, fruta en plural; 4.º, sinónimo de molestia; 5.º, virgen conocida; 6.º, un verbo que indica tu residencia; 7.º, uso a que se destinan ciertas sortijas; 8.º, adverbio; 9.º, consonante.

E. LASTRA.
Catorce años, Madrid.

76. P. Sección B.

Jeroglífico.

Notas signo casa de caballos S Molière A Y Cervantes
A río barra de lápiz bebida artículo A letra wjou nota
encima Imperio africano E N capital española.

JOSÉ M.ª SÁENZ Y TRILLO.
(Diplomado).

Doce años, Santander.

78. P. Sección B.



Nueve jeroglíficos de

FRANCISCO PASTRANA.
Buenos Aires.

Jeroglífico.

ÁRBOL • LETRA DOBLE • O • TIEMPO DE VERBO • ARTÍCULO • NOTA
MUSICAL • COSA DESCUBIERTA • RELATIVO • P • NOTA MUSICAL •
UN LEÓN •

NATIVIDAD GARCÍA.
Siete años, Madrid.

79. P. Sección B.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

CHISTES ILUSTRADOS



—¿Cuál es el colmo de un cacharro-ro?

—Pegar a sus hijos para que hagan pucheros.

EUSEBIO RODRÍGUEZ.—14 años. Madrid.

71. CH. I. Sn. B.



—¡Dios mío! ¿Qué caros cuestan hoy los estudios!

—Pues lo que es de mí, no puedes tener queja. Ya sabes que soy de los que estudian menos.

MARÍA GARCÍA. 12 años. Zaragoza.

72. CH. I. S. B.



Como ha visto las estrellas por obra de un bastonazo amistoso, el ciego exclama: —¿Cuándo será el día que no te vuelva a ver más!

O. FERNÁNDEZ. Doce años. Madrid.

73. CH. I. Sn. B.



—Cipriana, ten cuidado con la niña, no vaya a romperse la cabeza.

La niña. —¿No me dijiste el otro día que la tenía como un adoquín?

LUISA RODRÍGUEZ.—14 años. Sevilla.

74. CH. I. S. B.



—¿Si a un ciego le dan una puñalada en el corazón, la siente?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque ojos que no ven, corazón que no siente.

RAFAEL DÍAZ LLANO. Catorce años. Tenerife.

75. CH. I. Sección B.



—¿De modo que en la próxima estación me devolverás los cinco duros?

—Eso es: estamos en otoño..., pues en invierno.

I. SUÁREZ. Trece años. San Sebastián.

76. CH. I. Sección B.



—Antonio, te fumas mis cigarrillos.

—Sí, señorito; ya le pedí permiso para fumar.

—De tu tabaco, bien.

—Es que para fumar del mío no preciso permiso.

B. RODRÍGUEZ. Trece años. Marín.

77. CH. I. Sección B.



—¿Sabes que se dicen muy malas cosas de ti?

—Anda, pequeño; no seas tonto. ¿No sabes que todo me lo echo a la espalda?

A. R. Doce años.

78. CH. I. Sn. B.



—Diga usted, chófer; ¿qué es ese aparato que hay en su auto?

—Un salvavidas que salva a las personas o las mata instantáneamente. Así sufren menos.

FRANCISCO SANCHO PÉREZ. Trece años. Caba.

79. CH. I. Sección B.



—¿Crees que tu sastro me hará un abrigo como el tuyo?

—Probablemente: como no te conoce todavía.

R. DÍAZ. Trece años. Coruña.

80. CH. I. Sección B.



Pinocho y su corte vienen de veranear, dispuestos, en su revista, a volver a tra- [bajar.

MANUEL REARO. Catorce años. Talavera de la Reina.

81. CH. I. Sección B.



—Desde que es de la banda, Pepe no se trata con nadie.

—¡Claro, con el bombo que le han dado!

ROMÁN BARÓ. Once años. Avila.

82. CH. I. Sección B.



—¿Ha tomado usted la última fila de butacas?

—No le gusta a usted que le molesten?

—No; no me gusta.

—¿Quiere usted unos gemelos?

—Ya le he dicho que no me gusta que me molesten.

MANUEL ESPINOSA. Catorce años. Toledo.

85. CH. I. Sección B.



—Chico, estoy cansado de esta vía.

—¡Pues, suicidate!

ROSARIO FERNÁNDEZ. Doce años. Madrid.

86. CH. I. Sección B.



—¿Te hiciste mucho daño al caer? Llorarías mucho.

—No; como no estaba mamá delante.

MERCEDES BARÓ. Diez años. Avila.

87. CH. I. Sección B.



—¿Cuál es el colmo de un pintor?

—¡...!

—Pues tener una hija modelo.

CARLOS QUESADA. Doce años. Madrid.

88. CH. I. Sección B.



—¿El que en la milicia se emborracha por primera vez, ¿qué pena tiene?

—Ninguna; lo que hace es alegrarse.

CONSUELO ALONSO. Doce años. Madrid.

89. CH. I. Sección B.



Ilustre Don Turulato, hombre de gran valentía, rey del pasatiempo grato, audaz, burlón y sensato.

MIGUEL MUÑOZ-CUÉLLAR. Ocho años. Madrid.

90. CH. I. Sección A.



—¿Cómo va mi hijo, señor maestro?

—Despunta en Agricultura. Plántelo usted en un huerto y verá qué melones produce.

M.ª LUISA GÓMEZ.—Doce años. Valladolid.

95. CH. I. S. B.



—Doctor, voy perdiendo la memoria; ¿qué me aconseja usted?

—Lo primero págeme la consulta, por si acaso.

SANTIAGO GARCÍA. Catorce años. Colombia.

96. CH. I. Sn. B.



—Hay que partir las propinas. ¿Qué te han dado en la casa del pavo?

—Mil gracias.

—Pues... a quinientas justas salimos.

ALFREDO VARA DE REY.—Trece años. Madrid.

97. CH. I. Sn. B.



—Papá, ¿cuál es el colmo de un guasón?

—¿...?

—Pues tomarle el pelo a un calvo.

BRNITO RODRÍGUEZ.—13 años.

98. CH. I. Sn. B.



—¿Dónde harías un teatro para ganar dinero?

—En la Gran Vía, donde más duran las obras.

JUANITA GÓMEZ. Trece años.

99. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parece ese chico a un barco?

—En que tiene velas.

CARMEN GALLEGÓ. Doce años. Madrid.

100. CH. I. Sección B.



—¿Qué es el colmo de un pintor?

—¡...!

—Pues tener una hija modelo.

CARLOS QUESADA. Doce años. Madrid.

91. CH. I. Sección A.



—¿Qué es el metro?

—Lo que toma mi papá todas las mañanas para ir a la oficina.

ANGELES YAGÜE. 9 años. Madrid.

94. CH. I. Sn. A.

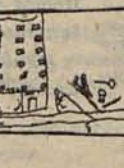


—¿Cómo va mi hijo, señor maestro?

—Despunta en Agricultura. Plántelo usted en un huerto y verá qué melones produce.

M.ª LUISA GÓMEZ.—Doce años. Valladolid.

95. CH. I. S. B.



—Doctor, voy perdiendo la memoria; ¿qué me aconseja usted?

—Lo primero págeme la consulta, por si acaso.

SANTIAGO GARCÍA. Catorce años. Colombia.

96. CH. I. Sn. B.



—Hay que partir las propinas. ¿Qué te han dado en la casa del pavo?

—Mil gracias.

—Pues... a quinientas justas salimos.

ALFREDO VARA DE REY.—Trece años. Madrid.

97. CH. I. Sn. B.



—Papá, ¿cuál es el colmo de un guasón?

—¿...?

—Pues tomarle el pelo a un calvo.

BRNITO RODRÍGUEZ.—13 años.

98. CH. I. Sn. B.



—¿Dónde harías un teatro para ganar dinero?

—En la Gran Vía, donde más duran las obras.

JUANITA GÓMEZ. Trece años.

99. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parece ese chico a un barco?

—En que tiene velas.

CARMEN GALLEGÓ. Doce años. Madrid.

100. CH. I. Sección B.



—¿Qué es el colmo de un pintor?

—¡...!

—Pues tener una hija modelo.

CARLOS QUESADA. Doce años. Madrid.

91. CH. I. Sección A.



—¿Cómo va mi hijo, señor maestro?

—Despunta en Agricultura. Plántelo usted en un huerto y verá qué melones produce.

M.ª LUISA GÓMEZ.—Doce años. Valladolid.

95. CH. I. S. B.



—Doctor, voy perdiendo la memoria; ¿qué me aconseja usted?

—Lo primero págeme la consulta, por si acaso.

SANTIAGO GARCÍA. Catorce años. Colombia.

96. CH. I. Sn. B.



—Hay que partir las propinas. ¿Qué te han dado en la casa del pavo?

—Mil gracias.

—Pues... a quinientas justas salimos.

ALFREDO VARA DE REY.—Trece años. Madrid.

97. CH. I. Sn. B.



—¿Cuál es el autobús que menos habla?

—El de Atocha-Callao.

CARLOS PÉREZ CRESPO. Nueve años. Madrid.

91. CH. I. Sección A.



—¿Le voy a pegar más palos que pelos tiene su cabeza!

—No puedo, señorito; en mi tierra los ponen las gallinas.

DOMINGO OLIVÉ. Nueve años. Valencia.

93. CH. I. Sección A.



—¿Qué es el metro?

—Lo que toma mi papá todas las mañanas para ir a la oficina.

ANGELES YAGÜE. 9 años. Madrid.

94. CH. I. Sn. A.



—¿Cómo va mi hijo, señor maestro?

—Despunta en Agricultura. Plántelo usted en un huerto y verá qué melones produce.

M.ª LUISA GÓMEZ.—Doce años. Valladolid.

95. CH. I. S. B.



—Doctor, voy perdiendo la memoria; ¿qué me aconseja usted?

—Lo primero págeme la consulta, por si acaso.

SANTIAGO GARCÍA. Catorce años. Colombia.

96. CH. I. Sn. B.



—Hay que partir las propinas. ¿Qué te han dado en la casa del pavo?

—Mil gracias.

—Pues... a quinientas justas salimos.

ALFREDO VARA DE REY.—Trece años. Madrid.

97. CH. I. Sn. B.



—Papá, ¿cuál es el colmo de un guasón?

—¿...?

—Pues tomarle el pelo a un calvo.

BRNITO RODRÍGUEZ.—13 años.

98. CH. I. Sn. B.



—¿Dónde harías un teatro para ganar dinero?

—En la Gran Vía, donde más duran las obras.

JUANITA GÓMEZ. Trece años.

99. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parece ese chico a un barco?

—En que tiene velas.

CARMEN GALLEGÓ. Doce años. Madrid.

100. CH. I. Sección B.



—¿Qué es el colmo de un pintor?

—¡...!

—Pues tener una hija modelo.

CARLOS QUESADA. Doce años. Madrid.

91. CH. I. Sección A.



—¿Cómo va mi hijo, señor maestro?

—Despunta en Agricultura. Plántelo usted en un huerto y verá qué melones produce.

M.ª LUISA GÓMEZ.—Doce años. Valladolid.

95. CH. I. S. B.



—Doctor, voy perdiendo la memoria; ¿qué me aconseja usted?

—Lo primero págeme la consulta, por si acaso.

SANTIAGO

DIBUJOS

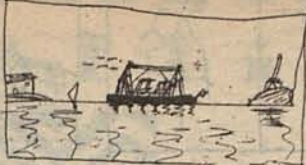


Pinocho y los demás, de viaje.

A. KELLER.

Doce años. Aspeitia.

358. D. Sección B.



Un barco.

LUIS PÉREZ.

Siete años. Santander.

359. D. Sección A.



Un hotel.

CHARITO SAINZ.

Diez años. Madrid.

360. D. Sección B.



Pinocho veraneando... en la Bombilla.

ALITO PEÑA.
Ocho años. Madrid.

361. D. Sección A.



Pinocho.

PEDRO FREIXAS.
Catorce años.

362. D. Sección B.



El rey de la porra.

MIGUEL ANGEL SAINZ.
Ocho años. Madrid.

363. D. Sección A.



Fatal casualidad.

JOSÉ M.ª MORENO.
Catorce años. Cádiz.

364. D. Sección B.



Mi casita de campo.

LUISA GALEGO.
Quince años. Madrid.

365. D. Sección B.



Bromas de mi burro.

PILAR SAINZ.
Siete años. Madrid.

366. D. Sección A.



Camino de la Ha-
bana.

RAFAEL LÓPEZ.
8 años. Pontevedra.

367. D. Sección A.



El guardián de mi
casa.

PAZ JIMÉNEZ.
11 años. Córdoba.

368. D. Sn. B.



Pierrot, triste.

PEPICO.
Doce años.

369. D. Sn. B.



Un hotel.

FERNANDO GARCÍA.
Doce años. Madrid.

370. D. Sección B.



Chicharito.

JOSÉ TORRE.
9 años. Málaga.

371. D. Sección A.



Mis amigos.

DILIA PÉREZ.
Quince años. Santa
Marta (Colombia).

372. D. Sección B.



La casa del nari-
gudo.

JOSÉ FERRER.
9 años. Valencia.

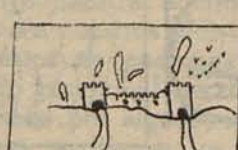
373. D. Sección A.



Coche Pinocho.

JOSÉ M.ª BUZÓN.
Once años. Santander.

374. D. Sección B.



Castillo de Pinocho y Pirula.

TERESITA POSADA.
Diez años. Madrid.

375. D. Sección B.



¡No fuméis como
Chapete!

TOMÁS GÓMEZ.
Trece años. Talave-
ra de la Reina.

376. D. Sección B.



Lancha de Pinocho.

ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.

377. D. Sección A.



Pinocho, vencedor.

ALBERTO DE MAGUA.
Doce años.

378. D. Sección B.



Pinocho.

PEDRO RUIZ.
Trece años.

379. D. Sn. B.



Regatas.

LUIS G.ª VIDAL.
Alicante.

380. D. Sección B.



Los cuatro fenómenos.

V. VILLASVERDE.
Trece años.

381. D. Sección B.



El explorador, pro-
tector de animales.

BENITO RODRÍGUEZ.
Trece años. Marín.

382. D. Sección B.



Tom Mix.

VÍCTOR ORTIZ.
Siete años. Valencia.

383. D. Sn. A.



Fin de una carrera.

JOSEFINA JIMÉNEZ.
Doce años. Valencia.

384. D. Sección B.



Una maceta.

NENA GONZÁLEZ.
Siete años. Habana.

385. D. Sn. A.



Un castillo.

LUZ PALOMO.
Guadalajara.
Ocho años.

386. D. Sn. A.



Mis primos.

LOLINA
FERNÁNDEZ.
Once años.

387. D. Sn. B.



Mi mejor amigo.

CARMEN GARCÍA.
Doce años. Madrid.

388. D. Sección B.



Una india.

VICENTE VERA.
Trece años. Madrid.

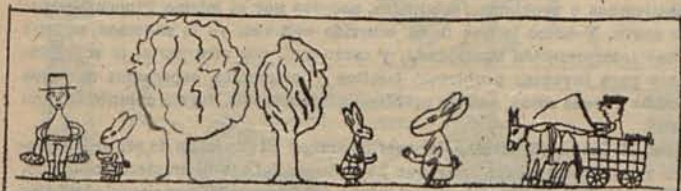
389. D. Sn. B.



Noche de
luna.

ELENA OLA-
NO.—14 años.
Gijón.

390. D. Sn. B.



En el mercado.

391. D. Sección A.



Dos amigos.

CARLOS QUESADA.
Doce años. Madrid.

392. D. Sección B.



Una iglesia.

AMADA GONZÁLEZ.
Once años. Habana.

393. D. Sección B.



El niño
de la
Palma.

BENITO
JULIA.

11 años.

Gerona.

394. D.

Sn. B.



El dos de Mayo.

CÉSAR PICATOSTE.
Trece años. Santander.

395. D. Sección B.



Dos alpinistas.

FRANCISCO MANZANARES.
Diez años.

396. D. Sección B.



Mis amigos.

AMANDO GARCÍA.
Doce años.

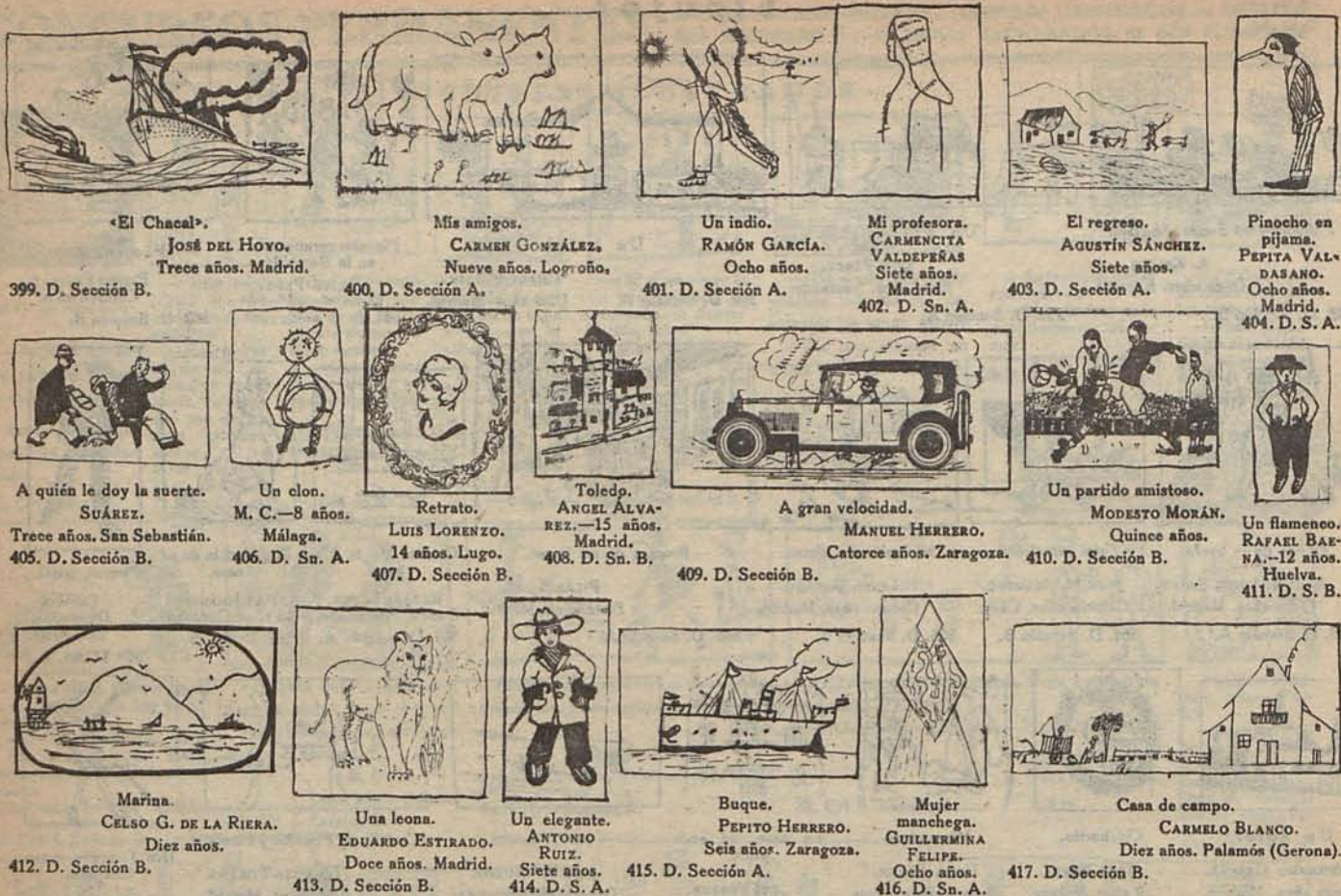
397. D. Sección B.



Un ciervo.

JOSÉ ARIJA.
Doce años.

398. D. Sección B.



Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en números anteriores de PINOCHO.

CORRESPONDENCIA

M.^a Dolores Frías. (Pamplona).—Con mucho gusto hubiera publicado tu pasatiempo, si éste no fuera tan excesivamente confuso como es. La palabra «periódico», amiguita mía, está mal representada, hasta el punto que más bien parece decir, con el dibujo, la palabra «bandera». En fin, tú podrás remitirme mejores cosas, y yo sabré publicarlas inmediatamente.

José Luis de Comínges. (Burgos).—Tu problema es exactamente igual al publicado en mi Revista, hace tiempo, en el número 26.

Consuelo Fajardo. (Madrid).—Tus versos son buenos y bonitos; pero tan largos... Procura enviarnos otras cosas de dimensiones más prudentes.

Enrique Morales.—No he podido contestar a tu carta, como hubiera sido mi deseo, particularmente, por venir aquella sin tu dirección. Los cupones antiguos, querido Enrique, ya no sirven. Quedaron anulados hace ya una porción de números. En cuanto a los nuevos, que ves ahora en la Revista, sirven, no solo para colaboración, si que también para concursos. Cuando escribas un cuento, hagas un dibujo o fragtes una historieta, toma uno de esos cupones, llénalo con tu nombre y tus apellidos, anotas tu edad y tu domicilio e indica, al mismo tiempo, en el mismo cupón, si es chiste, cuento, historieta o dibujo lo que nos remites. Dicho cupón deberá acompañar a un solo trabajo. Creo que con estas indicaciones quedarás informado, enterado, empapado del valor, utilidad y uso de los nuevos cupones.

Amalia y Rafaelito Martínez.—Con mucho gusto hubiéramos publicado vuestros dibujos si éstos hubieran llegado a nuestras manos con el cupón correspondiente. Mi espíritu justo, leal y equitativo, no da lugar a preferencias o excepciones imperdonables. Mucho me gustaron vuestros trabajos; pero, dominando mis más íntimos deseos, hube de apartarlos de sus ojos. Mirando vuestra obra, sentía que iba a ser débil; presumía que, fascinado por aquellas maravillas, iba a cometer una injusticia. Para otra ocasión, un cupón por cada dibujo, un cupón por cada chiste, cuento o historieta que remita.

Fernando G. Guijarro. (Madrid). ¡Negarme el saludo! ¡A Pinocho! ¡Y por qué, amigo Fernando? ¿Por qué? ¡Ah! ¡No llevas razón! Si tus dibujos no han sido publicados hasta ahora, o no se han recibido en esta redacción, o no le han llegado el turno. El que hoy me remites, tan bonito, juntamente con esta carta tuya, tan llena de indignación, se publicará, claro que se

publicará. Ahora que no podemos, aunque en ello pongo el mayor empeño, publicar los trabajos inmediatamente, a los dos días de recibírtelos. Tú lo comprenderás si te imaginas que aquí entran, durante el día, una inconcebible cantidad de colaboración, compuesta de dibujos, chistes, cuentos e historietas. Hacemos, en verdad, lo imposible. Por eso no deja de apenarnos las cartas como las tuyas, en las cuales no se tiene en cuenta nuestros múltiples sacrificios.

María Halcón. (Sevilla).—Nosotros no dejamos de admirar tu ingenio cuando se trata de tus dibujos, de tus chistes, de tus historietas, de tus cuentos. En cambio, cuando nos envías problemas, admiramos entonces, no tu ingenio, sino el de los demás. Así nos ocurre, por ejemplo, con este de «la negra partida», tan antiguo como el trueno, la lluvia, el mar y los barcos. No se trata, pues, como has podido pensar, de remitirnos jeroglíficos ajenos, sino pasatiempos o problemas originales, sacados por el mismo Pinochista que los envía. Y como lo que te ha ocurrido esta vez, ya lo sabemos, se debe a una interpretación equivocada, y como a ti, por otra parte, te sobra ingenio para inventar problemas bonitos y originales, esperamos que nos remitas nuevas cosas, nuevos problemas interesantes, tuyos, completamente tuyos.

José M. Mañá. (Madrid).—Mi querido amigo: El cupón ha de ser de los nuevos. Pero ello no quiere decir que haya de ser del último número publicado. Si nos mandaste un trabajo con el cupón del número 26, por ejemplo, puedes remitirnos otros trabajos con los cupones de los números 25, 24 ó 23. Lo que si no se puede hacer es remitir colaboración con los antiguos cupones.

Jesús Garzón Pareja. (Granada). Publicaremos tus chistes, por chistosos, y dejamos de publicar tu problema, por incompleto. Olvidaste remitirnos la solución. No olvides ésta, si lo remites nuevamente, y procura que los dibujos sean más grandes para reproducirlos claramente. El problema me gustó mucho.

Mercedes Ballón. (Melilla).—Recibí tu carta, que entregué a Pirula inmediatamente. Como comprenderás, mi simpática compañera, ha decidido complacerme y piensa construir, a la mayor brevedad posible, esos bonitos modelos de pañuelos que tú pides. Claro que como tiene tanto que hacer —¡si tú vieras cómo trabaja Pirula!— el pañuelito no saldrá hasta dentro de unos números.

PINOCHO CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 31

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

¿SABEIS POR QUÉ?

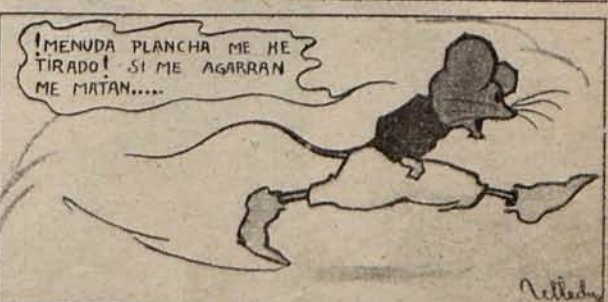
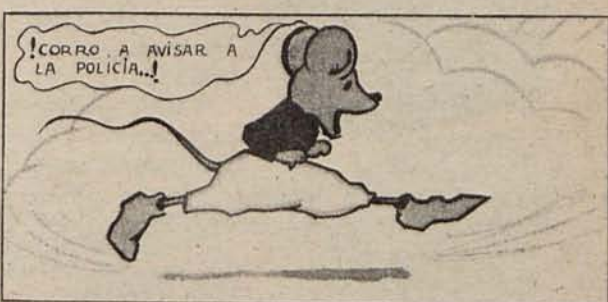
¿POR QUÉ NO PODEMOS ANDAR EN LÍNEA RECTA CON LOS OJOS CERRADOS?

No es de extrañar que no podamos andar en línea recta cuando cerramos los ojos. Lo extraño, en este caso, sería que pudiéramos conseguir la rectitud. Estas desviaciones, titubeos y zig-zags que hacemos con los pies cuando andamos con los ojos cerrados, se originan por diferentes causas. Primeramente, aunque nuestras piernas, a primera vista, ofrecen la misma longitud, es lo cierto que si la medimos con escrupulosidad, una de ellas viene a ser un poquito más larga que la otra. Ello origina alguna desviación en nuestro cuerpo cuando andamos con los ojos cerrados; tanta, que, de continuar andando, describiríamos con nuestros pies un círculo más o menos grande. Pero no es a esto, precisamente, a lo que se deben nuestras desviaciones.



Aunque aquella desigualdad de nuestras piernas juegue, en este caso, un papel importante, la principal razón se halla en la falta de vista. Nuestros ojos no solamente nos sirven para ver el color y la forma de los objetos, para apreciar más o menos exactamente las distancias, sino que vienen a ser también poderosos auxiliares para mantenernos en equilibrio. Quietos, sin movernos, en posición firme, pero con los ojos cerrados, estamos sujetos a ciertos movimientos. Mantenemos nuestro equilibrio y orientación merced a nuestros ojos, y si cuando cerramos éstos no podemos andar, como sería nuestro gusto, en línea recta, se debe a que perdemos por algunos momentos esos poderosos auxiliares: los ojos, es decir, la vista.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESO





SECCIÓN PIRULA

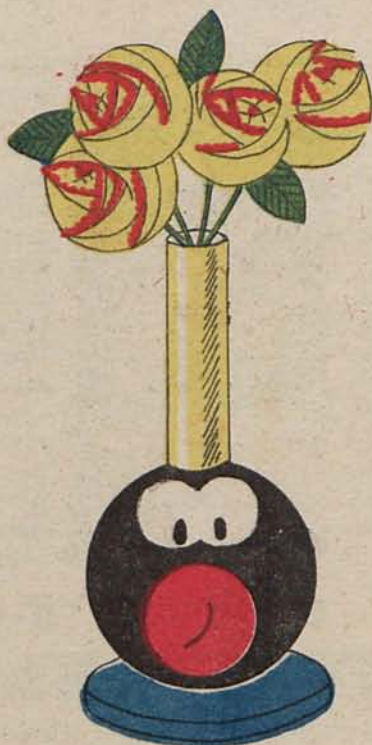
muchacha recoge en su delantal para arrojarlos definitivamente a la basura, no son inservibles, aunque así puedan parecerlo. Y con las cosas más rotas y viejas se pueden hacer —con un poco de gusto y de ingenio— objetos nuevos y flamantes.

FLORETO

Conchín tiene un hermanito monísimo, pero que es una verdadera calamidad; pase aún su manía de recoger un sin fin de trastos inservibles; pero es que, además, es un destrozón y desordenado como... como un hombre, según dice su mamá.

El abrir el armario de juguetes del terrible Pedrito es cosa que aterrja; entre los caballitos de cartón destripados, los soldaditos de plomo cojos y mancos, las pelotas desinfladas y los automóviles sin ruedas, aparece un cúmulo de cajas sin tapa, frascos sin corcho, trozos de madera, lapiceros sin punta y demás preciosidades por el estilo, que hacen del armario de juguetes una sucursal del Rastro.

Y, sin embargo, todos estos pobres trastos, que, de vez en cuando, la

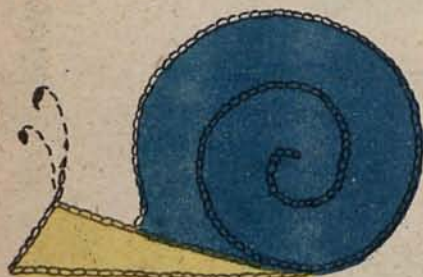


Prueba al canto: Cojo en el *maremagnum* del armario de Pedrito una peana de madera, sobre la cual cierto clon hizo en un tiempo volatines, hasta que el infeliz murió, trozo a trozo, a manos de su despiadado dueño.

Y cojo también una pelota de goma, de esas grises y ordinarias, que tiene un agujero y no bota; y, además, un tubo de aspirina vacío. Empiezo por pintar la peana en un color azul fuerte; luego pinto la pelota de negro, dejando un redondel que irá en rojo y otro espacio que pinto de blanco para figurar unos ojos; la pelota irá pegada a la peana con un poco de disolución.

Y ensanchando el roto de la pelota introduzco en él el tubo de cristal, tras un previo lavado que habrá hecho desaparecer la etiqueta. Y ya tenemos un precioso y originalísimo florero, en el cual un ramillete de violetas, una rosa o un par de claveles producirán un efecto delicadísimo. Y tenemos, además, ¡oh sorpresa!, un retrato del amigo Currinche, muy ufano por la divertidísima manera como acaba de pasar el rato con Don Turulato.

ADORNOS PARA TRAJES Y DELANTALES



Seguramente, lectorcitas queridas, se os ocurre pocas veces pensar que nunca fueron los niños tan dichosos como hoy.

Entre otras mil razones porque hoy el siste-

En cambio, vuestro vestir está presidido por una preocupación constante de gracia, higiene y comodidad: lleváis el cuello, las piernas y los brazos al aire; sombreros ligeros y sencillos; tejidos airosos, de tonos fuertes y risueños; vestidos, en fin, monísimos y prácticos..., sobre todo



ma de enseñanza es ameno y divertido a la par que interesante, mientras que antiguamente era árido, difícil, casi aburrido, si bien para un niño inteligente de cualquier época que sea, el aprender resulta siempre grato.

Tampoco antes había libros de cuentos tan bonitos y divertidos como los modernos; no existía la serie de aventuras de Pinocho y Chapete, ni se publicaba este imponderable semanario, que me proporciona cada domingo la alegría de charlar con vosotras.

Otro motivo de dicha, lectorcitas adorables, es la manera como vais vestidas.

Que os cuenten vuestras mamás de aquellos trajes con cuellos asfixiantes y mangas de farol, de aquellos tejidos sombríos y adustos, de aquellas capotas empenachadas, de aquellas faldas largas que llevaron durante su infancia.



cuando los dibuja esta vuestra mejor amiga, Pirula.

Y ya que hablamos de trajes, os diré que nada hay más a la moda que un vestido o delantal de hechura sencillísima, en que un solo adorno caprichoso pone una nota personal e imprevista.

Estos adornos son, generalmente, de flores o bichos, bordados o recortados, en tonos fuertes sobre un fondo oscuro, o viceversa, buscando siempre un efecto de contraste. Se pueden colocar a modo de bolsillos o sobre el pecho; pero lo más nuevo es colocar el adorno en el nacimiento de unas tablas o pliegues, por delante o a los lados. Os presento hoy algunos modelos; con un poco de imaginación pueden variarse hasta el infinito en cuanto a disposición, tono y dibujos.